5990

FRANCISCO VILLAESPESA

JUDITH

Tragedia bíblica en tres actos

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

12

100

JUDITH

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por su autor para "Teatro Mundial".

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45, — BARCELONA

JUDITH

TRAGEDIA BÍBLICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

FRANCISCO VILLAESPESA

ESTRENADA POR LA COMPAÑÍA MARGARITA XIRGU - EMILIO THUILLIER.

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
21 — Calle de San Pablo — 21
1915

PERSONAJES

JUDITH, viuda hebrea.
HEGLA, su sierva.
RODOPIS, cortesana griega.
HOLOFERNES, general asirio.
ELIACIM, sumo sacerdote de Israel.
AQUIOR, rey de los ammonitas.
MEGABIZES, soldado ammonita.
HERALDO asirio.
ASSUR, capitán asirio.
SHARAZER, capitán asirio.
MANASÉS, capitán israelita.
VAGAO, eunuco.
CENTINELA israelita.
ANCIANO 1.°, israelita.
ANCIANO 2.°, israelita.
UN SOLDADO HERIDO, israelita.
UN COPERO asirio.
HOMBRE 1.°, israelita.
HOMBRE 2.°, israelita.
UN CAPITÁN asirio.
UNA VOZ.
EL CADÁVER DE OZÍAS.

Cortesanas, mujeres israelitas, capitanes, soldados, gente del pueblo, centinelas, turibularios, arpistas.

La acción, en Betulia y en el campamento de Holofernes.

ACTO PRIMERO

Una plaza en Betulia. Al foro, los ciclópeos lienzos de la muralla, y en el centro de ésta, protegida por dos fuertes torreones cuadriculares, una de las puertas de bronce de la ciudad. A la izquierda, en primer término, resplandeciente de mármoles, el atrio del templo, sostenido por altas y pesadas columnas de granito, al cual se asciende por una espaciosa gradería. A la derecha, la fachada de la casa de Judith y la desembocadura de una amplia vía.

ESCENA PRIMERA

ELIACIM, con sus fastuosos ropajes y su tiara gemada de sumo sacerdote, orando en la gradería del templo; ANCIANOS y PUEBLO, orando también al pie de la gradería; turibularios, en el atrio, agitando rítmicamente sus turíbulos de plata, sujetos por largas cadenas de oro; músicos, acompañando la oración con sus salterios, en el primer tramo de la gradería, y CENTINELAS, inmóviles como estatuas, en las torres que custodian las puertas, embrazando sus anchos escudos y apoyados en sus largos lanzones. En las corazas y en los cascos centellea la gloria del sol.

ELIACIM (Con los brazos tendidos al cielo.)
¡ Oye nuestras súplicas, Señor de Israel !
EL PUEBLO
¡ Oye nuestras súplicas, Señor de Israel !
ELIACIM
Tú, que nos libraste de la servidumbre
de Egipto, de nuevo no dejes caer
tu pueblo en más duras y odiosas cadenas !...
¡ Que no vuelvan grillos a ceñir tus pies !
Tú, que el más soberbio Faraón domaste,

678196

hundiendo en las olas su inmenso poder
—carros y corceles, soldados y armas,
sepultado todo para siempre fué,
¡ no dejes que sieguen espadas asirias,
sedientas de sangre, tu mística mies !...
¡ Liberta a tu pueblo del fiero Holofernes !
¡ Protege a tus hijos, Señor de Israel !

EL PUEBLO

¡ Protege a tus hijos, Señor de Israel !

ELIACIM

¿Tú que en el desierto de la estéril roca
magnánimo hiciste las aguas correr,
para que bebiesen los labios sedientos,
¡ haz que nuestros labios no mueran de sed,
pues el enemigo cegó nuestras fuentes
y en nuestras cisternas no hay ya que beber !
¡ Tú, que a los hambrientos diste en las arenas
el maná, más dulce que panal de miel,
no dejes que mueran tus hijos de hambre,
pues en nuestros trojes no hay ya qué moler !
Taló el enemigo bosques y sembrados...
¡ Ampara a tus siervos, Señor de Israel !

EL PUEBLO

¡ Ampara a tus siervos, Señor de Israel !

(Resuena un clamor de trompas de guerra. La multitud se levanta estremecida y se dirige tumultuosamente a la puerta del foro. Sólo Eliacim y los ancianos permanecen orando en la gradería.)

EL PUEBLO (Dirigiéndose a las murallas.)

—Resuenan cercanas trompetas de guerra...
—Las huestes regresan. —Corramos a ver...

(Al centinela, que se inclina sobre el muro.)

—Centinela, dínos : ¿qué pasa en el campo?
¿qué nuevas advierten tus ojos en él?

(Se hace un profundo silencio. El centinela se vuelve a la multitud profundamente emocionado.)

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

CENTINELA (Al pueblo.) ¡ Derrota !

EL PUEBLO (Despavorido, cubriéndose el rostro con las manos. Los ancianos se mesan las barbas. Las mujeres sollozan. Pequeño silencio.) ¡ Derrota !

CENTINELA (Continúa observando.)

Los nuestros, vencidos, huyen en tropel,

tirando las armas... Arroja el asirio
sus dardos... ¡ Son tantos, que el sol no se ve !

EL PUEBLO

—¡ Mis hijos ! —¡ Mi padre ! ¡ Mi esposo !

(Gritan y gesticulan como locos.)

CENTINELA (Con un gesto de silencio.) ¡ Silencio !

ELIACIM Y LOS ANCIANOS (Cayendo de nuevo de rodillas.)

¡ Ampara a tu pueblo, Señor de Israel !

CENTINELA (Vuelve a inclinarse hacia el campo. La multitud permanece inmóvil, aterrada, al pie de las murallas.)

De las altas cimas de Estelión, los nuestros,
gritando descienden a todo correr...
Allá miro a Ozías, la espada en la mano...
Tinto está de sangre su blanco corcel...
Se interpone en medio de los fugitivos
y hacia los asirios los lanza otra vez...

EL PUEBLO (Sin poder contener su entusiasmo.)

¡ Victoria ! ¡ Victoria !

CENTINELA Deshace sus filas...
Su acero la muerte siembra por doquier...
Duda el enemigo... Se retira... Huye...
y con más denuedo vuelve a acometer...
Retrocede Ozías..., pero se defiende...
¡ Una fortaleza cada roca es !...
Saltan a pedazos corazas y escudos...
La sangre a torrentes se mira correr...

(La ansiedad del pueblo sigue atentamente el relato.)

¡ Salvóse el ejército, gracias a su arrojo,
y a nuestras murallas se viene a acoger !

EL PUEBLO

—¡ Vamos a su encuentro !

—¡ Vamos a su encuentro !

(Salen por la calle de la derecha.)

ELIACIM Y LOS ANCIANOS

¡ Protege a tu pueblo, Señor de Israel !

(Mientras el pueblo desfila, Eliacim desciende lentamente del atrio y se aproxima a los ancianos.)

ESCENA II

ELIACIM y LOS ANCIANOS, conversando junto a la gradería del atrio.

ELIACIM

¡ Para el valor trocáronse en estériles
las fecundas entrañas isrealitas !
¡ Si los nobles guerreros cuyos huesos
gloriosos esta tierra fertilizan
rasgasen sus sudarios y se alzaran
de sus tumbas, al ver la cobardía
de sus nietos, de nuevo, avergonzados,
a sus viejos sepulcros tornarían !
Les ciegan los deleites de este mundo...
¡ Corazones sin fe, almas vacías,
por ahorrarse una gota de su sangre
a la Patria y a Dios inmolarían !
¡ Y el Señor, ofendido con su pueblo,
como res indefensa, le castiga
a morir sin piedad bajo la espada
de las feroces huestes enemigas !

ANCIANO 1.°

Del propio vientre maternal, el niño
nace corrupto ya...

ELIACIM

¡ Y hasta las víboras
aman más a la tierra donde brotan
que ellos a la ciudad que les dió vida !

ANCIANO 2.°

¡ Por un puñado de oro, hasta los huesos
de sus propios abuelos venderían !

ELIACIM

Dios en sus corazones nunca ha entrado...
Los visteis, hace poco, de rodillas,
con sus labios sin fe manchando el suelo,
pidiendo a Dios su protección divina...
¡ En sus bocas tan sólo oraba el pánico
y el temor de sentir la espada asiria
rasgar sus pobres carnes, tan inmundas,
que hasta los perros que, al nacer el día,
hozan hambrientos en los muladares,

como indigno festín despreciarían!
De Sodoma y Gomorra las infamias
en la vieja Betulia resucitan,
desafiando de Jehováh la cólera...
Mas pronto ¡ay! de la ciudad maldita
ascenderán las llamas a los cielos
y esparcirán los vientos las cenizas.

ESCENA III

Dichos y MANASÉS, que entra precipitadamente por la izquierda.

MANASÉS

¡Eliacim!... ¡Eliacim!... Las huestes llegan...
¡Si vieras cuánto herido!... El pueblo grita;
se mesa los cabellos, gime y llora;
muerde los labios y los puños crispa...
Alguien habló de paz, y esa palabra,
como si fuese fugitiva chispa,
corre de boca en boca y se transforma
en compacta y cobarde gritería...
Para tratar la paz, tan sólo esperan
que del campo enemigo torne Ozías...

ELIACIM

¡La infame boca que esa voz pronuncie,
la lepra se la coma!... ¡Maldecida
por Dios será, como la estéril planta
que ni los hombres ni aun las bestias pisan!
¡Oh Señor de Israel, grande y potente,
Señor de la Venganza y la Justicia,
pon en mi diestra el haz de vivos rayos
con el cual te mostrastes en la cima
de la montaña, cuando, al son del trueno,
diste a Moisés las Tablas de la Vida,
para abrasar con él a los traidores
que sus deberes con la Patria olvidan!
Yo les diré a esas turbas miserables
que al pensar en la paz a Dios irritan:
—¡Desgarrad mis talares vestiduras!
¡Pisotead esta sagrada insignia
de sumo sacerdote!—y si no logro

matar sus miedos y encender sus iras,
yo solo iré, con mis noventa años,
a clavarme en las lanzas enemigas!

(Sale, seguido de Masanés y de los ancianos, por la calle de la derecha.)

ESCENA IV

JUDITH y HEGLA, que salen de la casa de la derecha.

JUDITH — Hegla, acércate a las puertas
de la ciudad. Vé qué pasa,
pues parece que del campo
alguna nueva es llegada.
Mientras desgarrado el velo
de mi viudez, desgreñadas
y cubiertas de cenizas
estas trenzas, en mi cámara
oraba al Señor, pidiéndole
la libertad de mi Patria,
algo así como un estruendo
de trompas trajo una ráfaga
de viento, al hinchar las ricas
cortinas de mi ventana,
espantando a las palomas
que en su alféizar se arrullaban.

HEGLA — También su clamor he oído
mientras que con tus esclavas,
para hacer hilas y vendas,
estas manos desgarraban
tantos vestidos de púrpura
y tantos velos de plata,
que una ciudad, con su importe,
como Betulia compraras.

JUDITH — ¿Para qué quiero esas ricas
vestiduras y esas galas,
si hoy son polvo bajo tierra
los ojos que se alegraban
al contemplarme con ellas
revestida y ataviada?
Si se apagó en el silencio

infinito de la nada
aquella voz que en mi oído
dulcemente suspiraba :
—¡ Qué bien sienta a tu hermosura
esa túnica bordada
de perlas, y esos collares
de zafiros y esmeraldas,
que en vez de adornar tu cuello,
con tu cuello se engalanan !...
¿Para qué esos atavíos,
si a quien el amor le falta
todo lo demás le sobra,
y hasta las mieles le amargan,
porque llegan a los labios
mezcladas con nuestras lágrimas?...
Vé y pregunta por Ozías
a los soldados...

HEGLA ¿Le amas?

JUDITH ¿Amarle?... ¡ Cállate, Hegla !
No hables de amor... Tal palabra,
o se profana en mis labios,
o ella a mis labios profana,
¡ que es para el amor mi pecho
como una tumba cerrada !
¿Qué liviandad en mí has visto,
Hegla, cuando así me hablas?
¿Tu mano, acaso, condujo
a algún amante a mi cámara?
Al descorrer los tapices,
¿cuándo encontró tu mirada
junto al hueco de mis sienes
otro hueco en mi almohada?...
Sitial que ocupó mi dueño,
tálamo en que reposara,
antes que otro los profane
serán pasto de las llamas...
¡ Y lo mismo que con ellos
hiciera yo con mi alma
si dejase que otro rostro
en su cristal se mirara !

HEGLA ¡ Mas, señora, como a Ozías
estimas tanto, pensaba

que él fuese la Primavera
que con su sol y sus auras
cubriese otra vez de rosas
el rosal de tu ventana !

JUDITH Al rosal muerto no hay brisa
que resucitar le haga.
Es verdad que estimo a Ozías
por su valor. Es su espada
la defensa de mi pueblo,
y si esa espada nos falta,
caerá Betulia con ella,
pues no podrán ampararla
ni los pechos de sus hijos,
ni sus altivas murallas.

(Proféticamente con voz misteriosa.)

¡ Amor !... ¡ Para fin más alto
Dios me tiene destinada !
Cuando todo esté perdido
para Betulia, y no haya
ni fe para sostenerla
ni valor para salvarla,
será esta mano tan débil
de mi pueblo la esperanza ;
y lo que no consiguieron
sus guerreros con las armas,
habrá de lograrlo una
mujer por su Dios guiada...
¿Y cómo ha de amar a un hombre
quien ama tanto a su Patria?

(Le acomete de pronto una gran agitación.)

HEGLA ¿Qué tienes? (Corriendo a ampararla.)

JUDITH (Confidencialmente, con misterio.)
Escucha, Hegla.
Inmóvil y arrodillada,
sangrando bajo el cilicio
mi carne, anoche rezaba
en mi alcoba, a los fulgores
mortecinos de la lámpara,
cuando de pronto en las sombras
miré extinguirse su llama,
cual si al soplo de unos labios
invisibles se apagara,

y sentí en mis oídos
una voz que murmuraba :
—Tú salvarás a Betulia
cuando no tenga esperanza !—
Calló la voz, y de pronto
volvió a encenderse la lámpara...
¡ Para salvar a Betulia
el Señor habló a mi alma !...
¡ Y aun a costa de mi vida,
te juro que he de salvarla !...

(Aparecen Eliacim, Aquior, ancianos y soldados por la derecha.)

HEGLA (Imponiendo silencio.)
¡ Callad ! Eliacim se acerca.
El nos dirá lo que pasa.

ESCENA V

Dichas; ELIACIM, AQUIOR, ANCIANOS y dos soldados que conducen a Aquior. Penetran todos por la izquierda. Judith y Hegla se les acercan.

ELIACIM (A Aquior.)
Asilo encontrarás entre nosotros.
Contigo partiremos como hermanos
el pan, el agua y nuestra dura suerte...
Mas ¿qué móvil, Aquior, aquí te trajo?

AQUIOR
Escuchadme, Eliacim. Oid, mujeres,
y vosotros también, nobles ancianos.
Como hambrientas bandadas de langosta
sobre el tierno verdor de los sembrados
Holofernes cayó sobre nosotros
y nos marcó su hierro como esclavos,
haciéndonos dejar nuestros hogares
y a servir en sus huestes obligándonos. (A Eliacim.)
Ya sabes que estudié de los caldeos
la ciencia oculta y los conjuros mágicos
que descifran los sueños y predicen

el porvenir en los remotos astros.

(Pequeña pausa. Todos se agrupan en torno de Aquior.)

Soñó anoche Holofernes. Iba solo
por florido jardín. Sus rudas manos,
al pasar, deshojaban los rosales...
De súbito sus ojos contemplaron
una rosa más blanca que la nieve,
cuya belleza excepcional le atrajo.
Tendió la mano..., y al tocar la rosa,
oculto un áspid le mordió en la mano...
Inquieto y temeroso despertóse,
y a interpretar su sueño me llamaron.
Yo le dije :—Señor, esos rosales
que fueron deshojándose a tu paso,
son todas las ciudades que han caído
bajo el bélico empuje de tu brazo ;
y Betulia es la rosa donde oculto
áspid te hirió... Dirige tus soldados
hacia otra ciudad ; pues mientras quede
en Betulia un espíritu esforzado
que sea a su Dios fiel, jamás en ella
rechinarán las ruedas de tu carro.—
Y Holofernes, colérico, me dijo,
cruzando mis mejillas con su látigo :
—¡ Oh vil embaucador, para que veas
el pavor que me infunden tus presagios,
a Betulia te irás, y antes que muera
cinco veces el sol en los espacios,
en su plaza más amplia ha de arrancarte
la lengua, de raíz, mi propia mano:—
Sus gentes me trajeron a esos montes,
donde, a un tronco de encina mâniatado,
hace poco, al volver de la refriega,
me hicieron prisionero tus soldados.
¡ Y aquí estoy, Eliacim ! Aquí me tienes,
rey sin cetro y corona, a ti entregado,
como cautivo recental que aguarda;
tendido el cuello sobre el blanco mármol,
los fatídicos golpes del acero
que ante el ara de Dios han de inmolarlo.
Os dije la verdad, nobles varones...
¡ Permita el cielo, si os mintió mi labio,

que a mi presencia, ante mis mismos ojos,
para que sirva a mi dolor de escarnio,
mire morir mis hijos y violadas
a mis mujeres en mi propio tálamo!

ELIACIM

Tu acento, noble rey, es el acento
de la sinceridad. (Abrazándole.)
Toma mis brazos;
y aquí libre serás, si somos libres,
o con nosotros morirás luchando.

JUDITH (A Aquior.)

Mi casa es tuya. Fatigado vienes,
y en ella encontrarás paz y descanso.

ELIACIM

Acéptala, Aquior. Otra más noble
no hallarás en Betulia...

ANCIANO 1.º Ni más grato
retiro...

ANCIANO 2.º Ni mujer más generosa.

ANCIANO 1.º

Su piedad de los pobres es amparo.

ELIACIM

Más bello que su rostro sólo existe
su corazón. Si todos los soldados
que defienden los muros de Betulia
tener pudieran de Judith los ánimos,
desbaratado el enemigo huiría
por esos montes, cual tropel de gamos
que sienten en sus ancas las caricias
de los agudos dientes de los galgos.

JUDITH

No haced que se sonrojen mis mejillas
inmerecidas frases escuchando.
(A Aquior, dándole las manos.)
Mas tu faz de fatiga palidece.
Cruzarás esta puerta de mis manos,
y contigo también entre en mi casa
la bendición de Dios. (Le hace entrar en su casa.)
¡Quedad, ancianos,
en paz!... ¡Que Dios nuestra ciudad ampare!

ELIACIM (Bendiciéndola.)

¡Él dirija también, Judith, tus pasos!

JUDITH (Al entrar.)
(¡El sueño de esta noche acaso pueda
este sabio monarca interpretarlo!)
ANCIANO 1.° (Señalando a Judith.)
¡Qué alma más generosa!
ANCIANO 2.° ¡Otra no existe
en Betulia!...
ELIACIM ¡Nosotros ahora vamos
a la puerta de Belma, a ver si Ozías,
vencido o vencedor, torna del campo!
(Se van lentamente por la derecha.)

ESCENA VI

SOLDADO 1.° y SOLDADO 2.°

SOLDADO 1.° ¿Esa es Judith de Betulia?
SOLDADO 2.° La misma. ¿No la conoces
en lo humilde de su traje
y en lo altivo de su porte?
En los labios del que sufre
es panal de miel su nombre,
y es la bondad de su alma,
para las manos del pobre,
manantial que no se agota
por más que sin diques corre.
SOLDADO 1.° ¿Y es rica?
SOLDADO 2.° Muy rica. Guarda
en su almazara y sus trojes
todo el aceite y el trigo
que en Betulia se recogen.
Sus joyas son las más bellas,
sus viñas son las mejores,
y son tantos sus rebaños
que contarlos no hay quien logre.
SOLDADO 1.° ¿Y cómo sigue viuda,
siendo rica, bella y joven?
SOLDADO 2.° Porque su virtud supera
a todas sus perfecciones.
Desde que murió su esposo
—ha tres años,—a los goces

de la vida renunciando,
en su cámara encerróse
lo mismo que en un sepulcro.
Y en ella las horas corren.
entre ayunos y cilicios.
y entre llantos y oraciones.
En vano a su puerta llaman
los más soberbios varones
de la ciudad, ¡hasta Ozías!,
pues del amor a los golpes,
por más que fuertes resuenen,
ni las abre, ni aun responde.

SOLDADO 1.° (Se oye un rumor de pueblo por la derecha.)
¿Pero qué pasa? (Mirando por la esquina.)
¡Las turbas
se aproximan dando voces!...

SOLDADO 2.° Siempre, después de un combate,
iguales gritos se oyen...
Se abrazan a los heridos.
Y las cabazas esconden
bajo el manto, sollozando
como mujeres, los hombres.

SOLDADO 1.° ¡Ay, qué va a ser de nosotros,
si el cielo no nos socorre!

(Penetran Eliacim y ancianos con un hombre herido y gentes del pueblo.)

ESCENA VII

Dichos. ELIACIM, ANCIANOS, PUEBLO, UN HOMBRE HERIDO, y luego, MANASÉS y UN HERALDO.

ELIACIM
¿Cesó la refriega?

HOMBRE HERIDO En las altas cumbres
se defiende Ozías igual que un león...
Sus huestes contienen a los enemigos.
¡A todo el ejército su arrojo salvó!
Sin él, bajo el filo de la espada asiria
perecieran todos al pie de Estelión,
como las espigas en la siega caen

bajo los certeros golpes de la hoz,
y los enemigos hasta esas murallas
llegasen bramando, locos de furor,
lo mismo que un ronco río desbordado
que rompiendo el dique que lo aprisionó
se lanza a los valles y lo arrasa todo
con la fuerza ciega de la inundación.

EL PUEBLO

¡ Viva Ozías !... ¡ Viva ! (Resuena una trompa de guerra.)

CENTINELA (A Eliacim.) Del campo enemigo
se acerca un heraldo. (El pueblo grita.)

ELIACIM ¡ Callaos, por Dios !
¡ Abridle las puertas ! Dejadle que pase.
¡ En nombre de todos voy a hablarle yo !

(Manasés y los soldados se acercan a las puertas y las abren. En ellas aparece el heraldo. La multitud permanece muda. Por las puertas del foro se ven montañas lejanas, doradas por el sol de la tarde. El heraldo avanza lentamente, seguido de Manasés y los soldados, en actitud provocativa, hasta el centro de la escena. La multitud se abre para dejarle paso.)

HERALDO (Mirando a un lado y a otro con insolencia. El silencio es profundo.)

Gentes de Betulia, doblad las cervices,
y con vuestros labios inmundos besad
la tierra que pronto será vuestra tumba,
porque os hablo en nombre de mi general,
del noble Holofernes, señor de más pueblos
que astros tiene el cielo y arenas el mar !
Miles de ciudades cayeron al filo
de nuestras espadas. Su carro triunfal,
que arrastran diez reyes, recorre la tierra.
La muerte y la ruina caminan detrás.
Bajo nuestras férreas pisadas, el suelo
se seca de espanto. ¿Quién resistirá
el bélico empuje de nuestros soldados?
¡ Son tantos, que nadie los puede contar !
¡ Si avanzan, parecen motañas que ruedan !
¡ Si gritan, semejan una tempestad !
¡ Gentes de Betulia, en su nombre os brindo
la vida o la muerte, la guerra o la paz !
¡ Si antes de tres días, cual viles esclavos,
no os entregáis todos a su voluntad,

cual una tormenta de dardos y flechas
caerán sus ejércitos sobre la ciudad !
¡ Todo será nuestro ! ¡ Haciendas y vidas !
¡ De nuestros aceros no esperéis piedad !
Y vuestras esposas y vuestras doncellas,
en vasos de oro vendrán a escanciar
vuestros propios vinos, puestas de rodillas.
en el loco estruendo de la bacanal.
Y después sus labios, sobre vuestros lechos,
de amor y lujuria nos embriagarán.
¡ Vuestra negra sangre correrá a torrentes,
y dioses y templos por tierra caerán ;
y cuando los buitres acudan, voraces,
al olor de sangre, sobre la ciudad,
en la inmensa pira que lo abrase todo
como mariposas se irán a quemar...
Si os rendís, cobardes, esclavos seréis.
Si lucháis de nuevo, la muerte esperad ;
¡ que así Holofernes castiga a los pueblos
que oponerse intentan a su voluntad !

EL PUEBLO (Amenazante, al heraldo. Los soldados lo contienen.)
—¡ En la cruz clavemos al heraldo !
—¡ Ahorcadle !
—¡ Desolladle vivo !
—¡ Aquí morirá !
—¡ Que muera !
—¡ Que muera !

ANCIANOS (Al pueblo.) ¡ Silencio !

EL PUEBLO ¡ Quemadle !

(El heraldo permanece en actitud desafiante.)

ANCIANOS
¡ Silencio !

MANASÉS ¡ Silencio ! Eliacim va a hablar.

(Se hace un gran silencio.)

ELIACIM (Desde la gradería.)
Dí, siervo, a tu dueño, que Betulia nunca
como vil esclava se le rendirá,
mientras haya hierros con que forjar armas
y brazos que puedan con ellas matar.
¡ Que humille en el polvo su cerviz idólatra
antes que fulmine sobre ella Jehováh,
los rayos potentes de sus justas iras

y jefe y ejércitos destruya a la par!
¡Márchate a tu campo! Si vuestros soldados
son tantos que nadie los puede contar,
si al andar parecen florestas de lanzas
y sus gritos fingen una tempestad,
sobre esas murallas, más firmes que montes,
su esfuerzo y sus bríos se irán a estrellar,
como en los roquedos de la abrupta playa
se estrellan bramando las furias del mar.
¡Vete, y dí a tu amo mi respuesta, siervo,
y agradece al cielo que libre te vas!

(La multitud acoge con un murmullo de aprobación las palabras de Elacim.)

HERALDO (Sin dejar su actitud provocativa.)

¡Por cada cabello que de mí arranquéis,
a millares vuestras cabezas caerán!

(Disponiéndose a partir.)

¡Gentes de Betulia, mi mensaje oísteis!
¡Vuestros miserables cuellos preparad
para el sacrificio, que antes de tres días
de Betulia sólo ruinas quedarán!

(El pueblo, enloquecido, amenaza al heraldo. Manasés y los soldados procuran contenerlo.)

EL PUEBLO

¡Muera!—¡Muera!—¡Echadle una soga al cuello
y arrastradle luego por nuestra ciudad!
—¡Con un ariete al campo enemigo
su cabeza trunca sangrando arrojad!
—¡Como a un perro hambriento, matadlo a pedradas!

(Los ancianos se interponen. Eliacim desciende.)

ELIACIM (Tendiendo los brazos a la multitud.)

¡Por el santo y puro nombre de Jehováh,
mi voz os conjura, gentes de Betulia!
Dejadlo que salga...

EL PUEBLO (Sin dejar su actitud.) ¡No tened piedad!

HERALDO (Con gesto de desafío.)

¡Cobardes!

(Hay un momento en que parece que van a despedazarle. Los soldados retroceden. Uno del pueblo coge una piedra. El heraldo permanece sereno.)

ELIACIM (Interponiéndose.) ¡Detente!

EL PUEBLO (Una mano dispara una piedra que rebota en el casco del heraldo. Se disponen a acometerle.)

¡Toma, miserable!

ELIACIM (Cubriendo con su cuerpo al heraldo.)

¡Antes de tocarle, matadme! Aquí están
mi sagrada insignia y mi débil cuerpo...
¡Esta insignia y este cuerpo apedread!

ANCIANOS (Interponiéndose.)

¡Deteneos! (El pueblo retrocede.)

ELIACIM (A los soldados.)

¡Soldados, guardad al heraldo!
Yo mismo su vida voy a custodiar.
¡Y si algún cobarde quiere herirle, antes
sobre este cadáver tendrá que pasar!

(Se dirige a la puerta del foro, siguiendo al heraldo; tras él caminan los soldados, Manasés y algunos ancianos.)

EL PUEBLO

¡Dejadlo! ¡Dejadlo! Salgamos al campo
de Belma.—Salgamos la hueste a esperar.
—Va a llegar Ozías. —¡Vamos a su encuentro,
que es su firme brazo nuestra libertad!

(Sale el pueblo por la derecha.)

ANCIANOS (Al salir, trabajosamente apoyados en sus báculos.)

—¡Ampara a tu pueblo, Dios de los ejércitos!
—¡Libra de enemigos a nuestra ciudad!

(La escena permanece sola un instante. Por la puerta del foro, abierta, se ve el campo. Aparece Judith. Viene envuelta en un manto de púrpura, la cabeza ceñida por una diadema deslumbrante de pedrerías. La siguen Aquior y Hegla, que lleva en las manos un espejo de plata y un rico cofre con velos y joyas.)

ESCENA VIII

JUDITH, AQUIOR y HEGLA.

AQUIOR

¿Persistes en partir?

JUDITH

Señor, ¿no has visto
la angustiosa tristeza de mi pueblo?

Esas madres famélicas que pasan
sollozando y mesándose el cabello,
sin dar savia a sus hijos, porque el hambre
ha cegado la fuente de sus senos.
Esas pobres viudas que sollozan
cubiertas de ceniza, como espectros,
acurrucadas sobre los umbrales,
el rigor de su suerte maldiciendo
Tanto herido que expira, revolcándose
de dolor, en su sangre, sobre el suelo,
sin que mano piadosa acerque el agua
hasta sus labios, por la fiebre secos.
Huérfanos que pululan por las plazas
como perros sin dueño...
Tanta casa vacía, y por las calles
pudriéndose, insepultos, nuestros muertos.
Secas están las fuentes y agotados
los víveres. Luchando, sucumbieron
los más valientes. En Betulia sólo
quedan mujeres, débiles enfermos,
niños y ancianos ; brazos que no pueden
ni alzar las hondas, ni esgrimir los hierros...
¿Cómo va a resistir al enemigo?
Entrarán al asalto sus ejércitos,
y aun en la poca sangre que nos queda
saciarán el furor de sus aceros.
¡ Señor, Señor, dale a mi débil brazo
el vigor de los robles y el certero
herir del rayo, para que él liberte
de pesadas cadenas a tu pueblo !

AQUIOR

¡ Calma, mujer ! ¡ Refrena tu impaciencia ;
templa tu voluntad como el acero,
para que puedas realizar triunfante
el alto fin que te destina el cielo !
Mas... ¿sabes dónde vas?

JUDITH

Donde me guía
la mano del Señor. Desde hace tiempo,
a todas horas, en mis oraciones,
la voz de Dios decíame en secreto :
—¡ Parte al campo enemigo, Judith, parte,
que en él conseguirás librar tu pueblo !

Tú me has dicho, Aquior, que esa voz santa
seguir sin treguas ni temores debo.

AQUIOR

Mas ¿qué piensas hacer?

JUDITH

No pienso nada.
Cumplir la orden divina. Y si perezco,
¿qué importa que yo muera, si mi sangre
puede salvar la vida de mi pueblo?

(Dirigiéndose al cielo.)

¡ Señor, Señor, yo soy tu pobre sierva
y tus santos mandatos obedezco !

AQUIOR

Yo no quiero enfriar tus entusiasmos
con mi experiencia. Prosigue el sendero
que Dios te marca, porque estoy seguro
que tornarás triunfante de tu empeño.
Para el poder de Dios todo es posible.
Quien sacó de la nada el mar, los cielos
y la tierra, quien tantas maravillas
creó con sólo un soplo de su aliento,
¿cómo no podrá hacer, si así lo quiere,
que se convierta en realidad tu sueño,
y al gavilán destroce la paloma
y devore a los lobos el cordero?
Parte al campo enemigo : y por si acaso
en alguna ocasión, como me temo,
necesitas un brazo que te ampare,
toma este anillo que ciñó mi dedo,
pregunta por Oreb, mi pobre hermano,
y a él, sin temores, en mi nombre, muéstralo.

(Le da un anillo.)

JUDITH (Colocándose el anillo. A Aquior.)

Gracias, gracias, señor. (A Hegla.)
Tráeme mis joyas
las más hermosas ; los más ricos velos ;
todo cuanto realce mi hermosura...
Porque soy bella aún... Dame ese espejo.

(Toma el espejo y se contempla en él, admirada de su propia belleza.)

Hace ya tantos años que no he visto
en él mi rostro, que al mirarme siento
la curiosa emoción que siente el niño,

mezcla alegre de orgullo y de respeto,
al ver por vez primera en un estanque
reflejado el milagro de su cuerpo.

(Recreándose en su contemplación.)

Aun fulguran ardientes mis pupilas
como si fuesen dos diamantes negros;
aun son bellas y puras mis facciones
y largos y ondulosos mis cabellos,
y aún florece en la rosa de mis labios
la tentación fragante de los besos.
Cíñeme mis pulseras, mis ajorcas;
ajusta a mi tiara el largo velo;
agobia de sortijas estas manos
y carga de collares este cuello,
blanco y suave como el de las tórtolas
que se arrullan de amor en los viñedos.

(Hegla cumple las indicaciones de Judith. Se oye a lo lejos el griterío de las turbas.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos; ELIACIM, MANASÉS, ANCIANOS, SOLDADOS y PUEBLO

El pueblo invade tumultuosamente la escena, dando pruebas de un gran dolor. Las mujeres se mesan los cabellos; los hombres se desgarran los mantos. Por la puerta del foro aparece el cortejo fúnebre. Delante, Eliacim y los ancianos; después, el cadáver de Ozías, conducido por cuatro capitanes, sobre un broquel. Detrás, soldados. La gente se agrupa en torno del cadáver.

EL PUEBLO

—¡Cayó muerto Ozías! ¡Cayó muerto Ozías!
—¡Nuestras esperanzas murieron con él!
—Señor, ¿quién, ahora, salvará a tu pueblo?
¿qué brazo robusto nos va a defender?
—¡Miradle, allá viene! ¡Cuatro capitanes
portan el cadáver sobre su broquel!—
Aun empuña el hierro su mano crispada,
como si aun quisiera defendernos! —¡Ved:
tiene siete heridas sangrando en el pecho

y lleva tres flechas clavadas también !—

SOLDADOS (Conduciendo lentamente el cadáver hasta la gradería.)

—¡ Paso ! —¡ Paso ! —¡ Paso !...

(El pueblo contempla el cadáver con dolor y respeto.)

EL PUEBLO (Tendiendo los brazos al cielo.)

—¡ Cayó muerto Ozías !

—Sin él, de Betulia, Señor, ¿qué va a ser?

ELIACIM (Al pie de la gradería. A los capitanes.)

¡ El cuerpo del héroe que cayó luchando
por salvar la Patria, a Dios ofreced !
Subidle hasta el atrio. A los pies del ara
santa, capitanes, sus restos tended.

(Los capitanes suben el cadáver. Solloza la gente.)

¡ Que flote el incienso ! ¡ Que giman las arpas,
y a su son, doncellas, los velos romped
y llorad, que ha muerto nuestro único apoyo...
¡ Cayó el valeroso león de Israel !

(Los arpistas pulsan las arpas. Los turibularios agitan los incensarios. Las mujeres rasgan, llorando, sus velos y los arrojan en la gradería.)

¡ Vosotros, soldados, jurad que a los cintos
los nobles aceros jamás volveréis
mientras en la sangre de los enemigos
la muerte del héroe vengada no esté !

(Los soldados permanecen inmóviles, abatidos. Se hace un silencio profundo. Judith, apoyada en el brazo de Aquior, contempla emocionada la escena desde el umbral de su casa.)

EL PUEBLO (Como despertando de un letargo.)

—¡ Que cese la guerra !—¡ La paz deseamos !

(Se forma un tumulto. Algunos soldados tiran sus escudos.)

UN HOMBRE (Adelantándose a Eliacim.)

Eliacim, ¿lo oyes? ¿Para qué emprender
de nuevo la guerra, si de hambre y de fiebre
los brazos no pueden las armas tener?

OTRO HOMBRE (A Eliacim.)

¡ Si cayeron tantos que pudieran juntos
formar una nueva torre de Babel !

HOMBRE 1.°

¡ No tenemos casa para tanto herido !
¡ En nuestros molinos no may ya qué moler !

HOMBRE 2.°

Cegó el enemigo fuentes y acueductos,
y Betulia entera se muere de sed.

(La muchedumbre asiente, gritando y estrechando el círculo en torno de Eliacim y los ancianos.)

ELIACIM (Con energía.)

¡ Si el hambre os acosa, morded vuestros puños ;
si la sed os quema los labios, bebed
vuestra propia sangre, antes que delante
de estos nobles restos de la paz habléis !

HOMBRE 1.°

No tenemos hierros con que forjar armas.

ELIACIM

Las tiene el asirio. Por ellas corred.

ANCIANOS (Al pueblo.)

¡ Venguemos a Ozías ! ¡ Vengad esta sangre !

EL PUEBLO

Sin fuerzas ni armas, ¿qué vamos a hacer?

(El pueblo grita y gime desesperadamente.)

JUDITH (Mostrándose al pueblo, fulgurante de belleza en la fastuosidad de su atavío, toda envuelta en su manto de púrpura, como bañada en su propia sangre. La tarde empieza a declinar.)

¡ Por el santo nombre del Señor, silencio !
¡ Gentes de Betulia, mi voz atended !

(Desciende hasta el centro de la escena.)

EL PUEBLO

¡ Silencio ! ¡ Silencio ! ¡ Que Judith lo ordena !
—Ella es nuestra gloria.—¡ Nuestro amparo es !

JUDITH (Solemnemente.)

¡ En Dios confiemos ! Es verdad que Ozías
allá yace muerto sobre su broquel.
Mas ¿qué lengua infame a decir se atreve
que las esperanzas murieron con él?
Todo se ha perdido... pero Dios nos queda.
¿No hundió a los egipcios? ¿Por qué no ha de [hacer
que ahora, como entonces, se salve su pueblo,
si nada limita su inmenso poder?
¿Tenéis sed y hambre? Saquead mis trojes ;
matad mis rebaños, mis vinos bebed,
repartid mis joyas... Es vuestra mi casa...

¡ Aquí de sus puertas las llaves tenéis !

(Saca del manto un manojo de llaves de plata y las arroja á la multitud, que admirada la contempla.)

EL PUEBLO (Reaccionando.)

¡ Viva Judith ! —¡ Viva !

JUDITH (Profética.) Gentes de Betulia,
en vez de, cobardes, la paz pretender,
doblad las rodillas en la dura tierra
y al Señor de nuevo los brazos tended,
pidiendo que nunca nos niegue su amparo...
¡ Él ha de salvarnos, si tenemos fe !
¡ Lo que no pudieron conseguir los hombres,
por su Dios guiada, lo hará una mujer !

(Asciende por la gradería. La multitud atónita, se va arrodillando.)

ANCIANOS (A Judith.)

¿Qué intentas?—¿Qué intentas?

JUDITH (Al pueblo, cerca del atrio.) De rodillas todos.
Al campo enemigo me marcho. La fe
me muestra el camino. Si antes de tres días
no sois libres todos, la paz acoged !
Esperad tres soles. ¡ Orad por mi suerte,
y al Señor pedidle que amparo me dé !

(Se arrodilla en el último tramo y coloca sus manos sobre el cadáver.)

¡ Que yo, por la sangre caliente del héroe,
en el santo nombre del Dios de Israel,
por su gloria os juro, puesta de rodillas,
que antes de tres días ya libres seréis !

ELIACIM

¡ Señor, no nos dejes de tu mano !

(Alzando los ojos al cielo. Después se vuelve a Judith.)

Díme,
en el campamento, ¿qué intentas hacer?

JUDITH (Empezando a descender la gradería.)

Yo nada sé. Cumplo de Dios los designios.
¡ Vosotros, piadosos, cumplidlos también !
¡ Y cuando en el campo contrario una antorcha
entre las tinieblas contempléis arder,
gritando de júbilo, a Dios dadle gracias,
porque del asirio ya libres seréis ! (A Eliacim.)

Bendigan mi frente, Eliacim, tus manos.

(Eliacim coloca sus manos sobre la frente de Judith.)

¡ La sangre de Ozías yo la vengaré !

(Se aleja, seguida de Hegla, entre la multitud, arrodillada.

¡ Adiós, pueblo mío !

(Volviendo el rostro al traspasar la puerta.)

ELIACIM (Arrodillado en la gradería.)

Oremos, oremos.

(Resuenan las arpas y ondean los incensarios.)

¡ Protege a tu sierva, Señor de Israel !

Judith, con el último rayo de sol, desaparece por la puerta del foro.)

EL PUEBLO

¡ Protege a tu sierva, Señor de Israel !

(Todos inclinan la cabeza. Hasta los centinelas, en los torreones, oran también.)

TELÓN LENTO

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La tienda de Holofernes, sostenida por cuatro pilares de bronce, que semejan troncos de palmera, cubierta de pieles de leones, sedas multicolores y fabulosos tapices con escenas bárbaras de guerra y caza. En algunos de ellos se ven los espantosos suplicios a que los asirios sometían a sus prisioneros. En otros, un cortejo real. Batallas. En uno, la imagen de Gildames estrangulando un león. Al fondo de la escena, una enorme y pesada cortina de púrpuras, franjeada de oro. A la izquierda, en primer término, el trono, sostenido por los toros alados, bajo un dosel de seda roja. A la derecha, la entrada de la tienda, oculta por una cortina de púrpura. En la penumbra centellean los reflejos acerados de las armas y de los arneses. Una amplia alcatifa cubre el pavimento. En los cuatro ángulos de la tienda, cuatro lámparas de oro, y una enorme de tres brazos en el centro. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

HOLOFERNES, RODOPIS, UN COPERO, cortesanas y esclavos. (Holofernes descansa apoyado en un codo sobre un lecho de púrpura, al lado del trono. Cerca de él, puesto de rodillas, un copero le escancia el vino. Dos esclavas, con ánforas de oro, arrodilladas también, junto al copero. En el centro de la escena las cortesanas tañen arpas y laúdes. Bajo la luz de la lámpara Rodopis canta)

RODOPIS (Cantando.)

Amor es niño travieso
que juega con su dolor...
Se adormece con un beso...
¡ Duérmete en mi boca, amor !

HOLOFERNES (A las cortesanas.)

¡Que cesen las músicas!... ¡Escancia más vino!

(Al copero. El copero escancia el vino en una copa de oro. Holofernes bebe de un trago y se vuelve a las cortesanas.)

¡Vuestros cantos sólo pueden alegrar
a las cortesanas viejas, que su lino
hilan a la roja lumbre del hogar!
¡Entretenimiento de los indolentes,
afeminaciones de todo festín!...
¡Para los valientes,
mejor que las arpas resuena el clarín!
Oyéndole, el héroe su broquel embraza
y el corcel relincha. ¡Tan sólo a su son,
bajo la coraza,
estalla de orgullo nuestro corazón!

RODOPIS (Acercándose a Holofernes.)

Mi señor, ¿qué tienes? Si nuestras canciones
no son de tu agrado, podemos danzar...
¡Que la danza aleje tus preocupaciones
y alegren sus giros tu adusto mirar!

(Se disponen a danzar.)

HOLOFERNES

¡Que encienda a los viejos, lasciva, la danza!
¡Mis ojos tan sólo se alegran al ver,
a un bote de lanza,
bajo mi caballo mi rival caer!
Sintiendo en la alfombra saltar vuestras piernas
me aburro y bostezo de desilusión,
como en sus cavernas,
ahito de carne, bosteza el león.

(Apura la copa y se la entrega al copero.)

RODOPIS (Arrodillándose cerca del lecho.)

¡Si el canto y la danza te causan agravios,
para tus caprichos, aquí están, señor,
mis brazos, mis labios,
mis ojos de llamas y mi seno en flor!
¡Pide lo que quieras! Cuanto tengo es tuyo...
¡Mas déjame, al menos, tus plantas besar,
pues será mi orgullo,
a tus pies, besándote, de amor expirar!

HOLOFERNES

¡No calmas las bascas de mi aburrimiento!

Amor, rosa fresca del camino es...
¡ Se aspira un momento,
y al aire, marchita, se arroja después !
Y otra rosa..., y otra... Mas todas iguales...
El mismo perfume nos viene a embriagar...
¡ En vez de rosales,
me gusta cabezas humanas segar !
Para el débil, fiestas, y para el guerrero,
los potros, las lanzas y el áureo jaez...
¡ De vino, copero, (Al copero.)
mi copa hasta el borde lléname otra vez !

(El copero vuelve a escanciar el vino y le entrega la copa.)

RODOPIS (Insinuante.)
Florecen las rosas. Es la primavera.
El león sus hembras persigue... El amor,
de amor estremece la creación entera...
¿Por qué tu leona no buscas, señor?

HOLOFERNES
Amor aprisiona con frases melosas ;
amor, aunque dulce, cautiverio es...
¡ Podrán ser de hierros, mas nunca de rosas
serán las cadenas que opriman mis pies !
¡ Más vino, copero ! Amor embaraza,
agota el vigor...
¡ Con menos trabajo que aquesta coraza,
del cuerpo y del alma me arranco el amor !

RODOPIS
Pero amor no huye. Es niño travieso
que adora el peligro... Mariposa loca
que vuela, sabiendo que muere en un beso,
a besar las vivas llamas de tu boca. (La besa.)

HOLOFERNES (Apartánodla despectivamente.)
Aparta tus labios... Su contacto es frío
como el de un reptil.
¡ Siempre el mismo beso nos produce hastío !
¡ Deja que el león duerma solo en su cubil !
Sueña con su presa...
Despierta... ¡ No intentes su sueño turbar !
¡ Su boca devora todo cuanto besa,
y sus garras matan al acariciar !

RODOPIS (Aproximándose de nuevo.)
Si tus garras matan, aquí está desnudo

mi seno de nieve. ¡Qué mayor placer
que, como el guerrero que muere en su escudo,
presa entre tus brazos de amor perecer!

HOLOFERNES

¡Escancia más vino! Inventad, mujeres,
caricias que puedan mis fiebres saciar.
O nuevos dolores, o nuevos placeres...
¡Algo que me abrase y me hiele al par!

(Mirando a Rodopis mientras bebe.)

Tus brazos ebúrneos, tus hombros tan blancos
que a su lado negros los armiños son;
tus turgentes senos, tus mórbidos flancos,
a mis rudos ojos dan la sensación
de esas esculturas que de las riberas
floridas de Grecia, hasta la amplitud
de nuestras ciudades, traen nuestras galeras
para que afeminen a la juventud.
Eres sólo mármol, y me maravillo,
mirando tu cuerpo labrado a cincel,
como no levanta mi mano un martillo
y ruda no abate tu torso con él,
hasta que, deshechos por mis martillazos,
tus miembros de piedra sintiese temblar,
y al suelo saltasen, rotos a pedazos,
igual que una estatua que cae de un altar.
Déjame tranquilo; no me hables de amores...
Pues, ¿cuándo ha podido soñar tu ambición,
prendido por una cadena de flores,
llevar de tus manos sujeto un león?

(La rechaza con violencia. Las cortesanas se refugian en un ángulo, temerosas de Holofernes.)

ESCENA II

Dichos, EL HERALDO, VAGAO, CAPITÁN 1.°, CAPITÁN 2.° y capitanes.

VAGAO (Asomándose a la puerta.)

¡Señor! De Betulia regresa el heraldo,
y tus capitanes se acercan con él.

HOLOFERNES

¡Déjalos que entren!

HERALDO (Entrando y arrodillándose ante Holofernes.)

¡Señor!

HOLOFERNES ¡Habla pronto!

¿Qué respuesta dieron?

HERALDO Os relataré.

HOLOFERNES

¡Basta de relatos! ¿La paz, o la guerra?

HERALDO

La guerra prefieren.

HOLOFERNES ¡Perros de Israel!

HERALDO

Al pueblo reunido, junto al viejo templo
de sus falsos dioses, en tu nombre hablé;
y me amenazaron sus manos crispadas,
y más de una piedra rebotó en mi arnés.

HOLOFERNES (Alzándose violentamente.)

¡Puesto que lo quieren, saciaré en su sangre
la sed que me abrasa! Haré demoler
murallas y templos. Arderán sus casas,
y luego sus campos de sal sembraré.
Sobre sus escombros, para que el viajero
por siempre recuerde mi inmenso poder,
a cincel tallado, con letras de oro,
un pilar de dura piedra erigiré
que diga a los siglos: «¡Esta fué Betulia;
a Holofernes quiso desobedecer...
Tuvo templos, torres, miles de habitantes,
y hoy tan sólo ruinas y sepulcros es!»

(Volviéndose a los capitanes.)

¡Basta, capitanes, de ocios vergonzosos;
a vuestros soldados, prestos, disponed
para la contienda, que mañana mismo
a la lid de nuevo os conduciré!
¿No os causa vergüenza que tan gran ejército
ante esas murallas detenido esté,
y que ante un puñado de hombres retrocedan
soldados que nadie vió retroceder?

CAPITÁN 1.°

¡Vamos al asalto!... Si tú nos conduces,
¿qué brazo a tu brazo se puede oponer?

CAPITÁN 2.°

¡Aunque de Betulia fuesen las murallas
más altas y firmes que el monte de Oreb,
y las defendieran más hombres que arenas
el *Simoun* arrastra, la verás caer,
si tú nos conduces mañana al asalto,
igual que una esclava rendida a tus pies!

HERALDO

¿Qué peto resiste tus golpes de lanza?
¿Qué poder iguala tu inmenso poder?

HOLOFERNES

¡El amor y el juego gangrenan las tropas...
Mas juro que ahora remedio pondré!

(A las cortesanas, que tiemblan.)

¡Viles cortesanas, no más a mis brazos
con vuestros hechizos las fuerzas quitéis;
salid de mi tienda; y si mis pupilas
en ella a miraros llegan otra vez,
haré que os azoten hasta que la sangre
en chorros de púrpura bañe vuestra piel,
o ese cuerpo inmundo, sujeto a la cola
de cuatro caballos, descuartizaré!

(Salen medrosamente las cortesanas.)

¡El león despierta! ¡Temblad, betulianos,
que mañana mismo su rugido oiréis!

(A Vagao y a los esclavos.)

¡Traedme mi casco de oro! Ceñidme
la espada más ancha y el más fuerte arnés!

(Los esclavos le ciñen la coraza, la espada y le dan el casco.)

¡Escanciad, coperos, vino para todos!
Las frágiles copas de plata romped.

(El copero se prepara a escanciar.)

¡El guerrero, el vino lo bebe en su casco!
¡El vaso más digno de sus labios es!

(El copero escancia vino en los cascos.)

¡Brindad por la guerra! ¡Brindad por la sangre
que en Betulia vamos mañana a verter!

(Los capitanes alzan los cascos llenos de vino.)

CAPITÁN 1.°

¡Por ti brindaremos!

HERALDO

¡Porque pronto mires,

señor, a Betulia rendida a tus pies!

(Salen Holofernes y los capitanes.)

ESCENA III

VAGAO y EL COPERO.

COPERO (Viendo salir a Holofernes con su séquito de capitanes.)
¡Cómo se marcha, Vagao!...
Jamás le vi tan colérico...
Sus ojos arden en ira.

VAGAO Razón tiene para ello,
porque es baldón y vergüenza
de cuantos ciñen acero
que unas murallas tan débiles
detengan tan grande ejército.

COPERO ¡En diez años de combates,
en los que fueron cayendo
al pie de nuestros corceles
tribus, ciudades y reinos,
no hubo pueblo que tuviera
la arrogancia de ese pueblo,
que hace ya más de tres lunas
que, al amparo de esos cerros
y sus débiles murallas,
paraliza nuestro esfuerzo!

VAGAO Siempre son más peligrosos
y dañan más al guerrero,
que el enemigo de fuera,
los enemigos de dentro.
La indisciplina, el desorden
y los vicios, son los nuestros.
El juego, el amor y el vino
hacen en el campamento
más estragos que la peste...
Son de Betulia el refuerzo,
pues sin ellos estaría
en nuestro poder ha tiempo,
y ni aun cenizas quedaran
de esos muros tan soberbios.

COPERO (Bajando la voz con misterio.)
Además, entre las tropas
cunde la traición y el miedo,
y a veces basta una chispa
para causar un incendio.
Castigó a Aquior Holofernes
justamente; pero temo
que, como el rey ammonita
tiene súbditos y deudos
entre nosotros, se trame
alguna infamia en silencio.
(Bajando aun más la voz.)
Se dice que Oreb, su hermano,
se prepara...

VAGAO ¡No le arriendo
la ganancia! Cuando llegue
Holofernes a saberlo,
tendrá Oreb menos seguro
sobre los hombros el cuello
que si estuviese en el aire
suspendido de un cabello.
Además, Oreb, ¿qué gana?
¡Si su hermano Aquior ha muerto
descuartizado en Betulia,
con la ayuda de los nuestros
podrá aspirar a ceñirse
la corona de su reino!
(Resuena un clamor de trompetas de guerra.)

COPERO (Escuchando.)
¿Oyes? Resuenan las trompas...
¿Qué ocurre?

VAGAO Vamos a verlo.
Tal vez congregue Holofernes,
para ultimar sus proyectos,
a todos los valerosos
capitanes de su ejército...
Vámonos... (Se dispone a partir.)

COPERO (Viendo dos copas llenas que han quedado cerca del trono.)
Bebamos antes.

VAGAO (Tomando una copa y bebiendo.)
A tu salud.

COPERO Por ti bebo.

(Salen por la entrada que habrá cerca del trono.)

ESCENA IV

JUDITH y HEGLA (encubiertas), y MEGABIZES.

MEGABIZES

¡En mal hora llegáis al campamento!
No medraréis en él, porque Holofernes
—según he oído murmurar—acaba
de echar de su recinto a las mujeres
de vuestro oficio, y las que aquí mañana,
por interés o por olvido queden,
serán ahorcadas de esos viejos sauces
que bañan su ramaje en la corriente.
Y como así suceda, y de las ramas,
como espantajos, vuestros cuerpos cuelguen,
¡qué buen festín van a tener los buitres!...
¡Muchos habrá que envidiarán su suerte!

JUDITH

¿Qué has encontrado en mí para que, osado,
tu impúdico mirar me confundiese
con esas meretrices que a la sombra
de un bardal, o a la orilla de una fuente,
al caminante, por un velo nuevo
y un puñado de dátiles se venden?
¡Mírame bien! (Descorriendo el velo.)

MEGABIZES ¡Cuanto mejor te miro,
más incitante y bella me pareces!
¡Jamás he visto rostro como el tuyo
ni talle más gentil! Si no estuviese
aquí, en la tienda de Holofernes... Vamos,
que sería capaz, por poseerte,
de vaciar en tus manos esta bolsa,
(Saca una bolsa de cuero con oro.)
aunque después que mendigar tuviese
de senda en senda, como esos mutilados
que al resonar los claros cascabeles
de alguna caravana, aullando salen,

y mostrando las rojas hediondeces
de sus llagas, la mano, al pasajero,
bajo sus mantos haraposos tienden...

(Se aproxima a Judith.)

JUDITH (Rechazándole con un gesto.)

¡Apártate de mí, perro sarnoso!
¡Calla tus torpes labios insolentes!

MEGABIZES

¿Porque soy un soldado me desprecias?
¿Porque mi casco en el airón no tiene
gallardas plumas, ni mi alfanje joyas,
ni es de plata mi rudo coselete?
¿Porque no visto púrpura ni seda,
yacer conmigo en un bardal no quieres?
¿Soy un viejo leproso? ¿Un etíope?
¿Que es falso el oro de mi bolsa crees?
Suspéndela en tus manos... ¡Toma y mira,
y podrás por ti misma convencerte!

(Le entrega la bolsa. Judith retrocede.)

JUDITH

¡Mucho más que tus frases injuriosas
la villanía de tu acción me ofende! (Le tira la bolsa.)
¡El oro que a mis manos dan tus manos,
mi desprecio a la cara te devuelve!

MEGABIZES (Recogiendo la bolsa y haciendo un esfuerzo para contenerse.)

¡Si aquí no te encontrases, buena pieza,
ya sabría domar tus altiveces... (Se vuelve a acercar.)
Vamos, refrena un poco tu soberbia;
¡que ciudades más altas y más fuertes
asaltó mi valor! Sé razonable... (Judith retrocede.)

JUDITH

Si a dar un paso junto a mí te atreves,
auxilio pediré, o en tu garganta
hundiré este puñal, si nadie viene.

(Coge un puñal de un trofeo.)

MEGABIZES (Retrocediendo ante la amenaza.)

¡Basta, basta, mujer! No quiero riñas...
¡No me gusta reñir con las mujeres!
En la tienda te dejo... y, ya lo sabes,
a tu disposición mi bolsa tienes...

Que aquí te condujera Oreb me dijo...
Ya cumplí su mandato... (Va a irse.)

JUDITH ¡Ven!

MEGABIZES ¿Qué quieres?

JUDITH
¡El hermano de Aquior!... ¿Tú le conoces?

MEGABIZES
¡Cómo no conocerlo, si es mi jefe!...
Capitán más gentil no ciñe espada
ni cabalga guerrero más valiente.
¿Lo conoces también?

JUDITH ¡No le conozco,
mas quiero y necesito conocerle!

MEGABIZES (Con ruda ironía.)
¡El tendrá más fortuna que yo tuve!...

JUDITH (Descubriéndose y mostrando un brazalete.)
¿Ves, soldado, este rico brazalete?

MEGABIZES (Asombrado)
¡Si llevas en tu cuerpo más tesoros
que acumulados en sus arcas tiene
Nabucodonosor en Babilonia!

JUDITH
Pues bien: tuyo será si me prometes
decirle que Aquior...

MEGABIZES (Con ansiedad y misterio.) ¡Habla más bajo,
que peligrar nuestras cabezas pueden!
¿Has visto a mi señor? ¿Aun vive?... Habla.

JUDITH (Mostrándole el anillo de Aquior.)
¿Conoces este anillo?

MEGABIZES Lo vi siempre
en sus dedos... ¡Oh, deja que la mano
que ahora lo lleva, arrodillado, bese!
¿Aun vive? (Cae de rodillas y le besa la mano.)

JUDITH Y vivirá, si tú me ayudas.

MEGABIZES (Alzándose.)
¡Fiel seré a mi señor hasta la muerte!
Y si todos sus siervos y soldados
pensasen como yo, vería el jefe
del ejército asirio cómo vengan
los nobles ammonitas a sus reyes.
¡Cobardes y cobardes! Yo diría
al general: —¡Si tú no nos devuelves

nuestro señor, alzamos las banderas
en contra tuya !— En vano Oreb se enciende
de rencor y de rabia, y llora y gime,
y de ira y de furor los puños muerde...
¡ Todos dicen que aguarde !

JUDITH (Ansiosa, en voz baja.) Escucha..., escucha.
De parte de su hermano marcha a verle ;
dí que viste este anillo, y confiada
vengo a su brazo. Porque no sospechen,
que me siga en la sombra vigilante,
y que en ella mis órdenes espere.
Tú podrás avisarme cuanto ocurra.
¡ Yo te juro, si el cielo me protege,
salvar la vida de Aquior..., vengarle !

MEGABIZES (Saliendo.)
¡ Cuando cumpla tu encargo, aquí me tienes !

ESCENA V

JUDITH y HEGLA.

JUDITH (Desfallecida.)
Esclava, estoy temblando... Tengo miedo.

HEGLA
¿De qué, señora, dí?

JUDITH De todo cuanto
me cerca, de mí misma. Me da espanto
mi propia voz. Y en mi camino cedo
sin fuerza, sin valor, de tal manera,
que si al correrse la tapicería
Holofernes ahora apareciera,
de miedo ante sus plantas moriría.
(Tendiendo los brazos al cielo.)
¡ Ampárame, Señor, no me abandones !
Sostén mis fuerzas y mis pasos vela...
¡ No dejes que perezca tu gacela
en esta madriguera de leones !

HEGLA
No hay remedio. Procura serenarte.
Ten, Judith, confianza en tu destino...
Si el mismo Dios te señaló el camino,
¿cómo podrá al final abandonarte?

JUDITH (Como si viese lo que describe.)
Salimos de Betulia. Sonreían
los niños en los muros. Los ancianos,
tendiendo al cielo, en la oración, las manos,
mi frente, silenciosos, bendecían.
Y entonces, al mirar enloquecido
mi pueblo por el hambre y por la guerra,
¡capaz mi corazón hubiese sido
del mayor sacrificio de la tierra!
Mas al mirar borrarse con la tarde
la ciudad, flaquearon mis rodillas,
y una lágrima, trémula y cobarde,
surcó la palidez de mis mejillas.
(Estremecida de horror.)
Después... ¡de miedo el corazón estalla!
¡El campo atravesamos, espantando
a los cuervos que estaban devorando
el sangriento festín de la batalla!
¡Qué horror! ¡Qué horror! Cadáveres, heridos
que agonizan de sed, carros volcados,
juramentos, blasfemias y gemidos,
y un galopar de potros desbocados.
Todo pasó en sangrienta pesadilla...
¡Y la primera estrella fulgurante
que en un charco de sangre tiembla y brilla
como en manto de púrpura un diamante!
Al rodar de los carros retumbaba
la cóncava montaña. Parecía
que la bóveda azul se desplomaba
y la tierra de pánico se hundía...
¡Aquel olor a sangre! ¡Aun lo respiro
en mi ropa, en mis manos y en mi aliento!...
¡Todo a mi alrededor, Hegla, lo miro
como a través de un velo muy sangriento!
Me desmayé... ¿Recuerdas? La primera
patrulla nos detuvo...

HEGLA En tal instante
enmudeció tu voz, y tu semblante
tomó una mustia palidez de cera.

JUDITH
A sus jefes mis joyas deslumbraron,
y quisieron los dos hacerme suya.

Las espadas, furiosos, desnudaron...
Mas llegó, por fortuna, otra patrulla;
su capitán, valiente, se interpuso
entre los dos rivales cuando, fieros,
iban a acometerse los aceros,
y conteniendo su furor dispuso
que un soldado a esta tienda nos trajera,
atravesando el campamento, para
que Holofernes en ella me entregara
a aquel que su capricho decidiera...

(Pausa. Tendiendo los brazos al cielo.)

¡Señor, dame valor!

HEGLA Es tiempo. Huyamos...
Protegerá la noche nuestra huída...
¡Vamos pronto, señora!

JUDITH ¿Dónde vamos,
si la espada nos cierra la salida?

HEGLA
¿Qué vas a hacer?

JUDITH (Recuperando la energía.)
Desafiar la suerte
y ser conmigo misma inexorable...
¿Por salvar esta vida miserable,
mi pueblo voy a condenar a muerte?
¡De los asirios nunca será esclavo!...

(Alzando el puñal.)

¿Ves el puñal que al aire se levanta?
¡Al entrar Holofernes se lo clavo
hasta la guarnición en la garganta!

(Esconde el puñal.)

HEGLA
¿No temes que después la turba fiera,
ansiosa de vengar su sangre, vaya
a Betulia y no deje ni siquiera
una piedra segura en la muralla?

ESCENA VI

Dichas; ASSUR, SHARAZER y CAPITANES.

CAPITÁN (Señalando a Judith.)
¡Allí la tenéis!

SHARAZÉR (Señalando a Judith.)
¡Aquí la tenemos!
Sobre estos escudos vamos a jugar
la cautiva. Todos el juego veréis...
¡Aquí, capitanes, los dados están!
(Tiende el escudo y sobre él los dados. Se disponen a jugar.)
¡Juguemos! ¡Juguemos!
ASSUR Antes de jugarla,
tengo que advertiros que yo la apresé.
SHARAZÉR
Mi mano primero desgarró su túnica...
Dílo tú, cautiva... (A Judith.)
JUDITH Señor, no lo sé.
SHARAZÉR
¿Qué tú no lo sabes? En la encrucijada,
¿quién te ha dado el alto? Vamos, dílo, ¿quién?
ASSUR
¿No fuí yo? Contesta...
JUDITH Señor, no recuerdo.
SHARAZÉR
Yo rasgué tu manto.
ASSUR Yo tu velo alcé.
SHARAZÉR
¿Tampoco recuerdas?
ASSUR ¿Eres muda?
SHARAZÉR ¡Habla!
UN CAPITÁN VIEJO
¡Dejadla que hable! Responde, mujer.
JUDITH
Tan sólo recuerdo que entre los soldados
que me detuvieron a los dos hallé.
¡Que los dos quisisteis desgarrar mi túnica,
y a los dos, en vano, piedad supliqué!
CAPITANES (Interviniendo.)
¡Jugadla! ¡Jugadla!
SHARAZÉR Que rueden los dados,
y a aquel que le toque, se la lleve.
(Se dispone a tirar los dados.)
ASSUR ¡Bien!
La partida acepto. ¡Nos la jugaremos,
pero ya os he dicho que yo la apresé!

SHARAZÉR (Levantándose.)
¡ Mientes !
ASSUR (Cogiendo por un brazo a Judith.)
¿Que yo miento?... ¡ Pues ahora es mía !
SHARAZÉR
¡ Por Baal te juro que mía ha de ser !
ASSUR (Desnudando la espada.)
¡ Ven por ella ! Anda... Mas mi acero empuño,
y puedes, si avanzas, tropezar con él.
SHARAZÉR (Desnudando la espada y disponiéndose a acometerle. Los capitanes se interponen.)
¡ Puesto que lo quieres, con el mío ahora
la esclava y la vida te arrebataré !
CAPITANES
¡ Qué hacéis ! Deteneos...
ASSUR (Desafiante.) ¡ Llega..., si te atreves !
CAPITÁN VIEJO
¡ Que dos hombres riñan por una mujer... !
(Van de nuevo a acometerse, cuando aparece Holofernes.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos; HOLOFERNES, VAGAO, COPERO y soldados. Los combatientes permanecen en un ángulo, con Judith y los capitanes.

HOLOFERNES (Entrando y fijándose en los dados.)
¡ Afuera, tahures, donde yo no os vea !
¡ Qué nobles ejemplos dais a los soldados !
¡ Los escudos sirven para la pelea,
pero se deshonran jugando a los dados !
¡ Así mis mandatos respeta el guerrero !
Para hacer al juego también los honores,
sobre los escudos jugarme ahora quiero
las torpes cabezas de los jugadores !
(Todos permanecen inmóviles cerca del trono.)
Decidme : ¿qué pasa? ¡ Aceros desnudos
y en mi propia tienda !...
Los dados tirados sobre los escudos...
¿Qué mala jugada movió la contienda?
¿Qué os pasa, guerreros? Decid : ¿qué tenéis?
Entre vuestras manos tiemblan las espadas...

¿Lo que habéis perdido al juego queréis
ahora, capitanes, ganar a estocadas?
Decidme: ¿qué os pasa? Hablad. ¿Estáis mudos?
Assur, ¿qué murmuras? Sharazér, ¿qué rezas?
¡Lo mismo que hago con vuestros escudos
haré, si me place, con vuestras cabezas!

(Da un puntapié a los escudos y los arroja en medio de la escena.)

SHARAZÉR (Balbuciente.)

Cuando al campamento de la lid volvía
a esta cortesana hice prisionera.
Que era presa suya Assur pretendía...

HOLOFERNES

¡Que dos hombres riñan por una ramera...!

SHARAZÉR

Para evitar riña todos convinimos
a la prisionera jugar a los dados...
¡A hacerlo negóse Assur... y reñimos!

HOLOFERNES

¡Que por una hembra riñan dos soldados...!
¿Tan poco oro queda en vuestra escarcela?
¿Vendisteis las armas? ¿Tan pobres estáis,
cuando por las joyas de una mujerzuela
vuestra noble sangre verter intentáis?
¿Se rindió Betulia? ¿Ya no hay enemigos?
¿Ya no quedan muros que asaltemos, fieros,
cuando así queréis en pechos amigos
probar la firmeza de vuestros aceros?
Si anhelan mujeres vuestras mocedades;
si el amor ardiente os quema en sus llamas,
mujeres tenéis en esas ciudades
donde aun no flotaron nuestros oriflamas!...
¡Ganadlas con vuestras espadas gloriosas!
Mañana en Betulia las tendréis más bellas,
porque sus mujeres son las más hermosas
que danzan amores bajo las estrellas!
¡Betulia sus ricos fragantes harenes
a nuestros alfanjes abrirá mañana!

ASSUR (Adelantándose.)

¡Señor, un instante que escucharnos tienes!
La cautiva es una joven betuliana.

La apresó esta mano, y me corresponde,
según nuestras viejas costumbres de guerra...

SHARAZÉR (Interponiéndose.)
¡La presa fué mía!

HOLOFERNES (A Judith, que permanece inmóvil arrebujada en su manto.) ¡Cautiva, responde!
¿Quién te ha aprisionado?

JUDITH (Temblando.) (Su mirar me aterra.)

HOLOFERNES (Acercándose a Judith, que tiembla de espanto.)
Vamos, habla pronto. Díme quién ha sido...

JUDITH (Temblando.)
Los dos me apresaron...

ASSUR Mas yo fuí el primero.

SHARAZÉR
No; fuí yo...

HOLOFERNES ¡Callaos! (Imperiosamente.)

JUDITH (De rodillas.) ¡Compasión te pido,
señor, de rodillas! (Al arrodillarse se le cae el puñal.)

HOLOFERNES (Reparando en el puñal.)
Mas ¿por qué ese acero,
cautiva, escondías bajo tu vestido?

JUDITH (Procurando disfrazar su turbación.)
Señor, ese acero mi mano guardaba
para libertarme de mi negra suerte...
(Volviéndose a los capitanes.)
¡Nunca, capitanes, seré vuestra esclava,
porque al cautiverio prefiero la muerte!

HOLOFERNES (Contemplándola con admiración.)
¡Bravo arranque! ¡Alza, que mirar anhelo
si eres bella como eres arrogante! (Judith se alza.)
¡Si no lo levantas, rasgaré tu velo,
que estoy impaciente por ver tu semblante!

JUDITH (Tímidamente, alzando el velo.)
Puesto que lo ordenas, mi velo levanto.
(Holofernes queda extático contemplándola.)

HOLOFERNES (Acercándose más aún.)
Eleva, orgullosa, tu altiva cabeza...
¡Despoja tu cuerpo del peso del manto!
(Judith se despoja del manto, que cae al suelo, y aparece en todo el esplendor de su belleza.)
Jamás vi belleza como tu belleza.
(Pequeña pausa. Se aproxima y le coge una mano.)

¡ Por una mirada
de tus negros ojos,
yo diese mi espada,
mi arnés, mis corceles y mis elefantes,
mi casco de guerra,
y todas las joyas, perlas y diamantes
que en sus camarines Babilonia encierra !
¡ Tu cautivo fuera
si me encadenases con tu cabellera
en la cárcel rosa
de tus senos bellos !
¿en dónde se alzan tus altares, diosa,
que a mis propios hijos te inmolaré en ellos?

JUDITH (Con timidez.)

No soy cortesana.
Yo soy una pobre mujer betuliana
que huyó de Betulia. Buscando un seguro,
a tu noble tienda, señor, he venido...
¡ Paloma asustada que regresa al nido
y rama de hiedra que busca su muro !
¡ Préstame tu amparo, calma mis afanes,
si no quieres verme, ¡ oh noble guerrero !,
morir en las garras de los gavilanes
o aplastada bajo los pies del viajero !
¡ Mi señor, escucha !...
De Betulia he huído... En ella no quedan
recursos, ni armas, ni brazos que puedan
los nobles aceros blandir en la lucha.
¡ A Dios olvidaron mis torpes hermanos,
y Dios sus castigos ha puesto en tus manos !
Ayer, combatiendo, cayó muerto Ozías ;
su brazo el apoyo de Betulia era...
Sobre sus murallas, antes de tres días,
verás a los vientos flotar tu bandera.
¡ Ahórrate la sangre de bravos guerreros,
que los betulianos no son digna presa
de vuestros aceros !
¡ En la guerra cesa :
Al león, leones, pero no corderos !
¡ Que envaine la espada tu brazo bizarro !...
¿Para qué batirlos, si antes de tres días,

entre aclamaciones, por sus amplias vías
tronarán las áureas ruedas de tu carro?

HOLOFERNES (Acercándose a ella.)

¡ Mis ojos bendigo
porque te han mirado !
¡ Mujer de Betulia, te quedas conmigo !
¡ Serás a mi lado
la flor más preciada,
la más noble ofrenda,
el botín más rico que guarde mi espada
bajo el rojo y áureo dosel de mi tienda !
¡ Vosotros, guerreros,
que con los aceros
os la disputáis,
como los tesoros
de un rico y espléndido botín dos bandidos
si tan sólo ansiáis
las gemas, los oros
que adornan y esmaltan sus nobles vestidos,
aquí los tenéis ! Ajorcas, diademas,
áureos brazaletes, collares de gemas...
¡ De los dos es todo !... También repartíos
—¡ oh bravos soldados !—
la túnica egregia que, con sus bordados
y sus atavíos,
encubre el misterio
de sus formas bellas, como dos rivales
monarcas que parten en trozos iguales
el manto de púrpura de un glorioso imperio !

(Durante esta relación va despojando a Judith de todas sus joyas y se las entrega, las de la derecha, a Assur, y las de la izquierda, a Sharazér. Al final desgarra la túnica y arroja sus pedazos a los dos guerreros, envolviéndola en su propio manto.)

¡ La paz reine en todos ! ¡ Cesó la querella !
Fué en vano el estruendo de vuestra porfía...
Las joyas son vuestras... La mujer es mía...
¡ Y ahora, quien se atreva, que venga por ella !

(Toma en sus brazos a Judith y descorriendo la cortina del fondo, se dispone a llevársela, mirando fieramente a los capitanes.)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Reposorio de Holofernes. Al foro, una cortina de púrpura, franjeada de oro, que al descorrerse dejará ver la decoración del acto anterior, fastuosamente alhajada para un festín. A la izquierda, en primer término, una puerta que da al campo; a la derecha, otra puerta más pequeña, cubierta por un rico tapiz. Al lado de ésta un pilar de bronce, y cerca del pilar, cubierto por ricos cortinajes de púrpura, formando un pabellón cuadricular, el lecho de Holofernes. Una lámpara de plata arde cerca del pilar iluminando la escena. Arneses de guerra. Pieles de tigres y leones por todas partes. Tapices con asuntos bárbaros de caza y guerra. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

HEGLA y MEGABIZES, conversando con recelo junto a la puerta de la izquierda.

HEGLA
¿Vienes de la ciudad?
MEGABIZES
En este instante
acabo de llegar.
HEGLA
¿Qué te dijeron?
MEGABIZES
Nuestro plan les expuse, cuando todos,
deseperados ya, faltos de alientos,
a abrir las puertas al asirio estaban
para rendirse a discreción dispuestos.
Dudaron de Judith.
HEGLA
¿Por qué?

MEGABIZES Decían,
sus torpes brazos elevando al cielo,
que a traicionarnos iba, enamorada
de Holofernes. Su nombre maldijeron...

HEGLA
¡ No saben que por ella hace tres días
que el asirio detiene sus ejércitos
al pie de esas murallas !... Si quisiera
Judith, mi ama, traicionar su pueblo,
de la vieja ciudad no quedarían
ni aun frágiles cenizas en el viento !

MEGABIZES
Así dijo Aquior, y sus razones
las iras de las turbas contuvieron...
y cinco mil valientes, emboscados
en las frondosas selvas de esos cerros,
nuestra señal esperan impacientes,
conteniendo en sus manos los aceros,
para caer, aullando como lobos,
y pasar a cuchillo al campamento.

HEGLA
¿Y las gentes de Oreb?

MEGABIZES Ya prevenidas,
nuestra señal aguardan en silencio...
Degollarán las guardias, las patrullas ;
las tiendas quemarán, para que el fuego
devore, con sus llamas crepitantes,
lo que dejen con vida los aceros...
Y cuando el sol alumbre esas montañas,
tan sólo quedarán del campamento
cenizas y cadáveres y humo...
¡ No hay tiempo que perder ! ¡ Llegó el momento !
En su tienda Holofernes esta noche,
en unión de sus más nobles guerreros,
celebra el mito de la primavera
con un festín magnífico y espléndido...
Y, como de costumbre, de la orgía
todos los capitanes saldrán ebrios.
¡ Cuando rendidos en sus tiendas duerman,
a todos, sin piedad, degollaremos !
Judith tendrá que decidir... Nosotros
su señal aguardamos ; pero temo

que todo será inútil, porque falte
a su brazo vigor y fe a su pecho.
Confiar en mujeres es lo mismo
que entregar una nave sin gobierno
a las volubles olas de los mares
y a los vagos caprichos de los vientos.

HEGLA

Una antorcha encendida en esta puerta
será nuestra señal...

MEGABIZES ¡Ya lo veremos!
¡A Oreb voy a avisar... y, vigilante,
junto a esa puerta la señal espero!

(Se va por la izquierda. Aparece por el foro Holofernes con su séquito.)

ESCENA II

HEGLA, HOLOFERNES, VAGAO y guardias. Hegla se detiene al verlos.

HOLOFERNES (A los coperos.)
¡Que para la orgía todo esté dispuesto!
¡A mis capitanes voy a congregar!
¡Los mejores vinos servid esta noche!
¡Las copas más ricas al festín sacad! (A Hegla.)
Y tu dueña, esclava, ¿en dónde se encuentra?

HEGLA

¡Ha tiempo encerróse en su estancia a orar!

HOLOFERNES

Pues díle que venga... Cuando no la veo,
parecen mis ojos que ciegos están.
Yo voy un instante a dar una vuelta
por el campamento. ¡Las arpas pulsad!...
¡Escanciad los vinos!... ¡Que empiece la fiesta,
que mañana vamos a Betulia a entrar!

(Sale por la izquierda con el séquito. Vagao y los coperos desaparecen tras la cortina del foro.)

ESCENA III

JUDITH y HEGLA. Hegla golpea la puerta de Judith; ésta aparece en el umbral.

JUDITH (Impaciente.)
¿Qué te dijo el soldado?
HEGLA (En voz baja.) Que tu pueblo
dispuesto está para asaltar el campo.
Nuestra señal esperan tus valientes
en los cercanos montes emboscados...
JUDITH
¡Dale, Señor, serenidad a mi alma
y certeza y vigor al débil brazo,
para que caiga, como tronco herido,
a mis pies Holofernes! (Tiembla.)
HEGLA (Acercándose.) ¡Judith, ánimo!
JUDITH (Suspirando, abriéndose toda a la voluptuosidad de la noche.)
¡Yo no sé qué dulzura tiene el aire
esta noche! ¡Hace poco, cuando al campo,
de orar en esos bosques regresaba,
sentí un ansia de vida y un extraño
anhelo de beber en una ráfaga
el salvaje perfume de esos prados,
todos llenos de flores, cual si fueran
de algún amor resucitado el tálamo!
HEGLA (Con misterio.)
Señora, es que esta noche resucita
Adoné, el dios mancebo a cuyo paso
las ramas, y las almas y los cuerpos,
florecen otra vez... El dios sagrado
de los asirios..., el Amor..., la Vida...,
según le llaman...
JUDITH (Como ebria.) ¡Resonaba un vago
temblor de flautas, y a sus armonías
juntaba el ruiseñor sus dulces cánticos,
y los dos cantos juntos eran como
la música divina de los campos!
Me detuve al pasar. Miré mi rostro

en la fuente que surge entre los álamos,
y al ver pasar el agua que corría
entre las verdes ramas suspirando,
ansias sentí de desgarrar mi túnica,
y desnuda entregarme a los halagos
de la corriente, cual si fuese una
flor arrancada de su débil tallo...

(Se queda inmóvil y palidísima.)

HEGLA (Con misterio.)
Es la vida que torna. Es que no quiere
morir el corazón... (En voz baja.)
¿Amas, acaso?

JUDITH (Espantada, como quien teme que le descubran una llaga que oculta orgullosamente.)
¿A quién, Hegla?

HEGLA (En voz baja.) A Holofernes.

JUDITH (Palidece y le tapa la boca con la mano.)
¡Calla! ¡Calla!
¿Tan vil me juzgas? Si por un milagro
su recuerdo en mi pecho penetrase,
fuera capaz mi mano
aun de arrancar mi corazón del pecho
para luego a sus pies pisotearlo...
¡No hables de amor!... Esa palabra, Hegla,
es una maldición para mis labios...

(En un arranque desesperado.)

¿Ves mi brazo tan débil?... Esta noche
a mi ciudad libertará este brazo!

(Un copero descorre la cortina. Aparece en todo su esplendor el festín.)

ESCENA IV

Dichas; HOLOFERNES, capitanes y coperos.

HOLOFERNES (De pie en la entrada del reposorio.)
Regreso al momento...

VOCES ¡Bebamos! ¡Bebamos!

HOLOFERNES (Desde la cortina.)
¡Nobles capitanes, que empiece el festín!

VOCES

¡ Con la primavera Adoné despierta,
y toda la tierra parece un jardín !

(Los coperos escancian vino.)

HOLOFERNES

¡ Llenadme mi vaso de oro, que anhelo
brindar por Judith !...

(Avanza hacia el centro con una copa de oro colmada de vino en la mano. Judith, al ver a Holofernes, se estremece. Hegla permanece en un ángulo envuelta en su manto.)

ESCENA V

JUDITH, HEGLA y HOLOFERNES.

HOLOFERNES (Presentando un vaso a Judith.)

¡ Mujer de Betulia, consume este vaso
que mi mano pródiga para ti escanció !
¡ El vino, la amante fiebre en que me abraso,
en vez de apagarla, más viva encendió !
El vino es alegre festín de locura...
Hace a los ancianos rejuvenecer ;
¡ por eso el racimo, cuando el sol madura,
se hincha como un lúbrico seno de mujer !
De antiguas vendimias me evoca cantares...
¡ En mis mocedades fuí vendimiador,
y mis propias viñas pisé en mis lagares,
danzando al sonoro batir del tambor !
¡ La guerra me brinda vendimias mejores,
y al bañarme en sangre siento la embriaguez
que sienten, danzando, los vendimiadores
cuando los racimos salpican sus pies !
Vinos como éstos no vieron tus ojos...
Tan sólo tus vides dan otro mejor...
¡ Aquel que en la copa de tus labios rojos,
hecho miel de besos, escancia el amor !

(Se aproxima a Judith, la cual retrocede, temblando.)

Siempre estás temblando... ¿Qué temor te aqueja?
¡ Mujer de Betulia, a mis brazos ven !...
¡ Apura mi vaso, pero en cambio deja
que el tuyo mis labios apuren también !

(La intenta abrazar; ella lo esquiva.)

¡ Judith, bebe y ama !... Tus glorias son ésas...
¿Por qué, si te busco, de mí te retiras?
Si anhelo mirarte, ¿por qué no me miras?
Si anhelo besarte, ¿por qué no me besas?

JUDITH (Aproximándose humildemente.)

¡ Tiende la paloma su vuelo, asustada,
si mira en los aires cernerse el halcón ! ...
¿Cómo, señor, quieres que ante tu mirada
no huyan las palomas de mi corazón?
Manda cuando gustes. Soy tu pobre sierva...
La rosa entre espinas muestra su altivez ;
la violeta humilde se esconde en la hierba...
¡ Mi amor es violeta, porque es timidez !
¡ Tú a tu lado tienes
rosas a millares para tus harenes,
y para tus labios besos más preciados
que los que mis labios te pudiesen dar !
Tímida violeta que brota en los prados,
¿cómo tus sandalias voy a perfumar?
yo seré por siempre tu esclava sumisa ;
tras de tus miradas irá mi sonrisa
como un escudero tras de su señor.
Seguiré, sangrando, tus carros triunfales ;
seré la cisterna de tus arenales
y de tus oasis seré el ruiseñor.
Y cuando regreses de alguna contienda,
bajo el tembloroso lino de tu tienda,
limpiarán mis manos de polvo tu arnés.
Y para que nada perturbe tu sueño,
cual perro celoso que vela a su dueño,
en tanto que duermas, velaré a tus pies !

(Apura el vaso.)

HOLOFERNES (Enloquecido.)

¡ Sigue, sigue hablando ! Flor de las mujeres,
díme lo que sueñas, díme lo que quieres,
pues para halagarte,
aun más que le pidas mi amor ha de darte !
¡ Si anhelas riquezas, a tierras lejanas
por oro y por mirras, por sedas y pieles
irán mis bajeles
y los dromedarios de mis caravanas !
Mis hordas, rugientes como tempestades,

saquearán palacios, templos y ciudades,
para regalarte, cual botín de guerra,
diademas, anillos, ajorcas, collares,
¡ todos los tesoros que oculta la tierra
y todas las perlas que ocultan los mares !
¡ Si anhelas honores,
echaré a tus plantas, para que los huelles,
los mantos de todos los emperadores
y los áureos cetros de todos los reyes !
¡ Y para alto ejemplo
del amor que, avaro, para ti atesoro,
sustentado sobre columnas de oro,
te alzaré un palacio que parezca un templo,
donde, mientras, ruda, mi mano degüella
por ti la más pura y hermosa doncella,
y flota el incienso y tañen laúdes,
surjas fulgurante de gemas, ¡ oh hermosa !
en tu altar de plata, igual que una diosa,
ante el fanatismo de las multitudes !

JUDITH (Herida en lo más vivo de su sentimiento.)

¡ Señor, no blasfemes !
Cállate... ¿No temes
que abrase tus labios la ira del Señor?
Sólo Dios reparte premios y favores...
¿Qué son las riquezas, qué son los honores
que como presentes me brinda tu amor
ante lo infinito de la eternidad?...
Fuera de Dios..., humo... ¡ Todo vanidad !...
También, Holofernes, mi Dios es guerrero.
La noche es su manto, el rayo es su acero,
y los huracanes sus corceles son...
¡ Y cuando retumba su carro de guerra,
se estremece el cielo, retiembla la tierra,
cual si a desplomarse fuera la Creación !

HOLOFERNES

¡ En dioses no creo !
Los buscan mis ojos, pero no los veo...
Sólo he visto piedras talladas, con nombres
antiguos y extraños, a quienes los hombres
levantan altares y van a adorar.
Todos son creaciones de picapedreros...
¡ Dioses verdaderos

no han visto mis ojos en ningún altar !
¿Habitan los montes o los mares? ¿Dónde,
bella betuliana, su poder se esconde?
Dí dónde se ocultan, que yo iré a buscarlos,
no para adorarlos...
¡ Jamás mis rodillas doblé en sus altares !
¡ Puesto que ellos causa de tantos pesares
y miserias son,
iré en son de guerra
a que le devuelvan la paz a la tierra,
o a hundir mis aceros en su corazón !

JUDITH

¡ Cállate, sacrílego ! Pon una mordaza
de hierro a tu boca, que al cielo amenaza.
¡ Dios no hay más que uno ! ¡ El Dios de Israel !
¡ Dobla las rodillas y humíllate a él !
¡ Aparta, blasfemo ! ¡ Me causas horror !...
Si tu amor ardiente mi sangre inflamara,
con mis propios dientes mis venas rasgara
para que por ellas se fuese tu amor !

HOLOFERNES

Con tal que calientes mi tálamo helado,
con tal que tu boca su vino me dé,
con tal que tus ojos contemple a mi lado,
a tu Dios, de hinojos siempre adoraré...
Mañana en Betulia, al pie de su altar,
cuatrocientos bueyes ornados de flores,
y hasta mis doscientos guerreros mejores
por mis propias manos verás inmolar !

(Se oyen músicas y voces en el salón.)

¡ Adiós, betuliana, me voy a la orgía !...
¡ Ya sabes, hermosa, que capaz sería,
por un beso tuyo, de adorar tu Dios !
Al pie de tus muros planté mis reales...
¡ Oye mi mensaje ! ¡ Si dentro de dos
horas no me rindes honores triunfales,
pasaré a cuchillo la ciudad sitiada !

(Descorre la cortina y aparece el festín. Todos permanecen inmóviles a la presencia de Holofernes.)

JUDITH

¡ Mi respuesta ahora escucha, señor !

¡ Amor, nunca, nunca se rindió a la espada ;
que amor solamente se rinde al amor !

(Holofernes deja caer la cortina y desaparece.)

ESCENA VI

JUDITH, HEGLA y VOCES.

JUDITH (Como si la abandonasen las fuerzas.)
¡ Sosténme, Hegla !
HEGLA (Amparándola en sus brazos.)
¿Qué tienes?... De repente
apagóse el fulgor de tu mirada
y mortal palidez cubrió tu frente...
Estás, Judith, tan pálida y helada
cual si del fondo de una sepultura
te acabaras de alzar en este instante...
¡ El sudario que envuelva tu hermosura
menos blanco será que tu semblante,
y tu fúnebre losa menos fría
que estas manos !... ¿Por qué no te serenas?
JUDITH
¡ Si me sangrasen, Hegla, de mis venas
ni una gota de sangre brotaría !

(Tendiendo las manos al cielo.)

¡ Gracias, Señor, que a respirar me atrevo !
Exhalaba su voz, cuando me hablaba,
un acre y agrio olor a vino nuevo,
que el alma y los sentidos me embriagaba.
Y hay veces que a su voz siento mi vida
encogerse medrosa de repente,
como un ave que tiembla sorprendida
por la fascinación de la serpiente.
¡ Olvidar un momento intento en vano
sus negros ojos, donde el alma asoma !...
¡ Tienen voracidades de milano
y dulces timideces de paloma !
A veces, irritado, me parece
un león que rugiendo hasta mí llega,
y de angustia mi carne se estremece,
y un obscuro pavor mis ojos ciega.

¡ Gracias, gracias, Señor ! ¡ Cuando el violento
zarpazo mi garganta amenazaba
y sobre mi semblante jadeaba
la cálida lujuria de su aliento,
tú le diste a mi voz las seducciones
de aquellas viejas reinas fabulosas
que uncían a su carro los leones
con cadenas de lirios y de rosas !

(Resuenan músicas de arpa.)

HEGLA

El festín va a empezar. El arpa suena ;
quizá puedan sus mágicos cantares
serenar tu inquietud, como serena
la blanca luna a los revueltos mares.

(Judith, refugiada en los brazos de Hegla, escucha inmóvil la música como si se fuese adormeciendo.)

UNA VOZ (Dentro, acompañada del arpa.)

Es la primavera...
la tierra florece...
¡ De amor se estremece
la Creación entera !
Son lechos de aromas
los huertos cercanos,
y en las verdes lomas
fingen las palomas
arrullos humanos.
¡ Manos sensuales,
al campo, a bañaros
de aromas carnales !
¡ Bocas lujuriosas,
al campo, a besaros,
rosas entre rosas !
La tierra cubierta
de lirios en flor...
¡ Adoné, despierta !
¡ Resucita, Amor !

VOCES (Dentro, chocando las copas.)

¡ Adoné, despierta !
¡ Resucita, Amor !

JUDITH (Como quien despierta de un sueño.)

¿ Esa voz de ensueño en ti no despierta
el dulce recuerdo de aquellos cantares

que, hilando, escuchamos junto a nuestra puerta,
romper el silencio de los olivares?
¿o aquellas canciones que al morir el día,
mientras que en la fuente que brota en la umbría,
nuestros rojos cántaros de agua se llenaban,
con las negras sombras del monte bajaban
llenando la tarde de melancolía?

HEGLA

¿No será que acaso de nuevo, atrevido,
amor impaciente golpea tu puerta?
¡Le creías muerto... y estaba dormido,
y ahora a los reclamos de esa voz despierta!

JUDITH (Estremecida, poniéndole la mano en la boca.)

¡Calla, calla, Hegla!...

HEGLA ¿Qué tienes, señora?

¡Si el amor te ha herido,
en mis brazos llora!

(La abraza. Judith solloza en silencio.)

ESCENA VII

Dichas y MEGABIZES.

MEGABIZES (Entrando sigilosamente por la puerta de la tienda de Judith. Las dos mujeres se estremecen.)

¡Judith, ya no hay tiempo que perder! ¡Su gente
para el triunfo tiene ya Oreb preparada!...
¡Antes que florezca la aurora en Oriente
tendrá que rendirse la ciudad sitiada,
o el fiero caudillo
a sus moradores pasará a cuchillo!
Tu pueblo murmura;
la gente asegura
que tú a los asirios Betulia has vendido...
Maldicen tu nombre...

JUDITH (Espantada.) ¡Cállate!

MEGABIZES Yo he oído
pedir tu cabeza al vulgo irritado...
¡Dicen que a Holofernes amas en secreto,
y por él nos vendes!...

JUDITH (Con resolución.) ¡Cállate, soldado,
que yo te prometo

que antes que en las cumbres florezca la aurora
estará mi pueblo por Judith salvado,
o le habrá llegado
a Judith su hora!
Cerca de esta tienda mi señal espera...
y libres, mañana, aquí beberemos,
la alegre llegada de la Primavera!...

MEGABIZES

Ocultos en estas montañas, confían
su vida a tu brazo... Su esperanza eres.

(Al salir, mirando desdeñosamente a Judith.)

¡Malditos los pueblos cobardes que fían
su vida en volubles manos de mujeres!

(Judith permanece un instante inmóvil, como luchando consigo misma.)

ESCENA VIII

Todos menos Megabizes.

HEGLA

Ya llegó el instante. Señora, ¿qué hacemos?

JUDITH (Tomando una resolución desesperada y tendiendo sus manos suplicantes al cielo.)

¡Pedir a Dios fuerzas!... Oremos...

HEGLA Oremos.

(Caen de rodillas mientras suena el arpa.)

LA VOZ (Judith, al escuchar la canción, se estremece, como si la oyese sonar en su propia carne.)

Es hora de amar...
Los valles son lechos...
Se hinchan como pechos
las olas del mar...
Sobre las fragantes
floridas praderas
extended, amantes,
vuestras palpitantes
pieles de panteras,
y entre los divinos
ramajes espesos,
como de áureos vinos,

embriagaos de besos !
La tierra cubierta
de lirios en flor...
¡ Adoné, despierta !
¡ Resucita, Amor !

VOCES (Chocando las copas.)

¡ Adoné, despierta !
¡ Resucita, Amor !

JUDITH (Haciendo un esfuerzo terrible por recoger su fervor. Su voz tiembla, y todo su cuerpo se agita convulsivamente.)

La hora se aproxima...
¿Dejaréis, Señor,
que tu pueblo gima
bajo las cadenas del conquistador,
y que sus guerreros sobre tu ciudad
caigan con la furia de una tempestad?...
¿Y con sus espadas
tus hijos degüellen,
y con sus ferradas
sandalias profanen, ultrajen y huellen
la tierra bendita, las tumbas sagradas
en donde reposan los huesos gloriosos
de aquellos varones, de aquellos monarcas
de ojos de gacela y hombros de colosos
que fueron danzando detrás de tus Arcas,
fuertes y robustos cual cedros añosos
y graves y sobrios como patriarcas?...
¡ Señor, no consientas
que manos sangrientas
lleguen tu sagrado recinto a manchar,
que a tus servidores leales acuchillen,
y en tu mismo templo tus hijas mancillen,
haciendo sacrílegos lechos de tu altar !

HEGLA

¡ Que sobre su frente desolada brillen,
prestándole amparo, tus manos, Señor !...

JUDITH (Desesperadamente.)

¡ Da a mi alma alientos y al brazo vigor !

UNA VOZ (Al son del arpa. La oración muere en los labios de Judith. Cierra los ojos y toda su carne se estremece, como si en ella clavasen su aguijón todas las cantáridas del deseo.)

¡ Amor, ya no dudo !

He ungido de nardo
mi cuerpo desnudo,
y trémula aguardo
tu llegada, Amor,
para que tus brazos
desaten los lazos
de mi ceñidor!
Viajero que pasa,
si fiebre de amores
tus venas abrasa,
mi lecho es de flores...
Empuja mi puerta
y aspira su olor...
¡Adoné, despierta!
¡Resucita, Amor!

VOCES (Chocando las copas.)
¡Adoné, despieta!
¡Resucita, Amor!

JUDITH (Tapándose los oídos con las manos. Su voz es de desfallecimiento.)
¡Esos melodiosos cantos me embriagan!
A sus alaridos,
de amor, Señor, presto cierra mis oídos,
antes que me hagan
cerrar las pupilas y desfallecer!...
¡Mi alma es una alondra que a ti tiende el vuelo,
y mi carne en celo
es como una fiera que aulla de placer!...
¡Señor, a tu sierva préstale tu ayuda;
con tu omnipotencia su miseria escuda;
da a mi alma alientos y al brazo vigor!...
¡Haz que ante el peligro vencida no ceda,
para que animosa con sus manos pueda
tus santos designios realizar, Señor!

HEGLA
¡Sus fuerzas flaquean!... ¡Sus fuerzas sostén!

JUDITH
¡Señor, dame alientos! ¡En mi auxilio ven!

UNA VOZ
Mi rosa, ya abierta,
te brinda su olor...
¡Adoné, despierta!
¡Resucita, Amor!

JUDITH (Desesperadamente.)

¡ Señor, no me dejes !... Si tus justas iras
con sus impiedades mi pueblo encendió ;
si no bastan rezos, ayunos, ni piras ;
si tu sed de sangre aun no se sació,
aquí está mi cuello desnudo que espera
que el hacha le corte o el puñal le hiera...
¡ Te doy de mi sangre la más pura flor !...
¡ A tu eterna y sabia justicia me acojo !
Y si tú lo quieres, de tu altar al pié,
por salvar mi pueblo, por templar tu enojo,
con mis propias manos me degollaré !

ESCENA IX

Dichos, HOLOFERNES y capitanes.

HOLOFERNES (Aparece descorriendo la cortina. El festín está en su apogeo. Todos beben y ríen y vociferan.)

¿Qué apuré diez jarros?... ¡ Pues bien, todavía
me bebo otros tantos !
(Al copero.) ¡ Más vino escanciad !

VOCES (A los coperos. Los coperos llenan de nuevo las copas.)

¡ Más vino, copero !

HOLOFERNES (Entrando, beodo, sostenido por Assur.)

¡ Se acabó la orgía !
(Deja caer la cortina.)
¡ Al instante esa sala despejad !
(A Assur y al copero, después de beber.)
¿Mis piernas flaquean? ¿Que no es firme el paso?
¿Que no puedo, imbécil, mi cuerpo tener?
¡ Dejadme..., marchaos..., o igual que este vaso
vuestra sangre inmunda me voy a beber !
(Salen el copero y Assur. Holofernes, tambaleándose, busca a Judith.)
Mujer de Betulia, ¿adónde te has ido?

JUDITH (Mirando al cielo.)

(¡ Mi brazo y mi vida protege, Señor !)

HOLOFERNES (Aproximándose a tropezones.)

¿Por qué a nuestro alegre festín no has venido?

VOCES (Saliendo del salón.)

¡ Adoné, despierta ! ¡ Resucita, Amor !

ESCENA X

JUDITH, HOLOFERNES y HEGLA.

JUDITH (Aproximándose tenuemente.)
Aquí está tu sierva.
HOLOFERNES (Sujetándola por las muñecas.)
Más cerca, a mi lado...
¡ Junta con mi boca tu boca, mujer !
¡ Del festín el vino mi sed no ha saciado,
y quiero en tus labios de nuevo beber !...
¡ Mañana, cubierta de ricos joyeles,
te verá Betulia sus calles cruzar !
(La suelta, da un traspié y se sujeta del pilar.)
¿Ves mi mano? Es fuerte. Puede seis corceles,
sujeta a la rueda de un carro, parar.
A más de diez osos asfixié en mi pecho,
crujir en mis brazos sus huesos sentí...
Mujer de Betulia, si tu talle estrecho,
si mi amor te oprime, ¿qué va a ser de ti?
(Suelta una carcajada y se sienta en el lecho.)
¡ Me caigo de sueño !... Esclava, suspende
mi alfanje y mi casco de aquese pilar.
¡ De mi pecho el peso del arnés desprende,
y conmigo al lecho ven a descansar !
(Judith le quita el alfanje y el casco y los cuelga del pilar. Holofernes se desploma en el lecho.)
JUDITH (Mientras cuelga el arma.)
(¡ Señor, ya no puedo tenerme de pie !)
HOLOFERNES (Descorriendo la cortina, maquinalmente.)
Tengo sed..., me abraso... ¡ Judith, bésame !
(Como delirando entre sueños.)
La tierra se incendia... Me envuelven las llamas ;
todo danza y gira a mi alrededor...
Mujer de Betulia, ¿por qué no me amas?
¡ Adoné, despierta ! ¡ Resucita, Amor !...
¡ Amor !
(La voz se va extinguiendo. Judith descorre la cortina y espía.)
HEGLA ¿Se durmió, señora?

JUDITH (Inclinada y en voz baja.) Jadea su pecho,
y su larga barba tiembla al jadear...
Un brazo velludo desciende del lecho...
Vense entre los labios sus dientes brillar...
Entreabre los párpados y clava un instante
sus turbias pupilas, feroces, en mí...
¡La atracción que tienen para el caminante
los negros abismos, al verlas sentí!
De nuevo en la sombra se hundió su mirada...
Sus labios parece que intentan hablar...
¡Son como una herida, como una granada
que quiere, sangrienta, su miel destilar!

(Suena un silbato. Judith se estremece y se separa del lecho.)

HEGLA
¿Oyes? El soldado tu señal espera...
¡Que tu firme brazo proteja el Señor!...

JUDITH (Volviendo a inclinarse. Después, como arrojando una idea que la tortura.)
¡Sonríe!... ¡No es posible!... ¡no!...
(Con firmeza. Avanza resueltamente hacia el pilar, después de una lucha espantosa, como arrastrada por una fuerza oculta e irresistible.) ¡Señor, que muera!
(Descuelga el arma, y al desnudarla se le cae al suelo. Se queda suspensa un instante.)

HEGLA (Estremeciéndose.)
¿Qué es eso?

JUDITH Cayóse la espada...
(Se la ve temblar al inclinarse a recoger el arma.)

HEGLA ¡Valor!

JUDITH
¡Señor, dadme fuerzas...
(Avanza con la espada desnuda; pero al ir a descorrer la cortina se detiene aterrorizada.) ¡Ahora no!... ¡no puedo!...
(Retrocede; de nuevo avanza. Hegla la sigue con la antorcha en la mano.)
Retira la antorcha... ¡no le quiero ver!
¡Mirar su semblante me causa tal miedo,
que muerta en su lecho me voy a caer!...

HOLOFERNES (Soñando.)
¡Judith!...
(Judith da un grito; retrocede y queda pegada al pilar.)

JUDITH ¿Has oído?... Me llama... Despierta...
¡Si abriese los ojos, no me atrevería!...
(Pequeña pausa. Se oye un golpe en la puerta de Judith.)
¿Qué pasa? (Aterrada, deteniéndose.)

HEGLA Llamaron de nuevo a la puerta...
(Descorre la cortina y se asoma a la puerta.)
¡Judith, ya es la hora!... ¡Va a nacer el día!
(Vuelve a entrar y se aproxima a Judith.)

HOLOFERNES (Soñando.)
¡Judith!...

JUDITH (Avanzando con temor.)
¿Has oído?... De nuevo me llama...

HEGLA (Suena otro silbato.)
Es la señal... ¡Animo!
(Judith descorre la cortina; va a alzar la espada, y en ese momento la lámpara parpadea un instante, como si fuese a apagarse.)

JUDITH Hegla, ¿qué pasó?

HEGLA (Mirando.)
¡Una mariposa rondaba la llama,
y al final en ella sus alas quemó!...

JUDITH (Haciendo un esfuerzo terrible, descorre la cortina y alza el arma con los dos brazos.)
¡Protege mi brazo, Señor de Israel,
para que liberte tu pueblo con él!
(Deja caer el alfanje. Suena un grito. Judith corre la cortina y aparece toda cubierta de sangre, con el arma en la mano, pálida, desencajada, con el terror en el rostro.)
¡Señor, ya está hecho!

HEGLA ¡Toda estás bañada
en sangre!... ¿Qué tienes?

JUDITH (Como delirando.) De un tajo, mi espada
su altiva y robusta cabeza segó,
y al saltar al suelo, con su sangre hirviente,
mis ropas, mis manos, mi boca y mi frente
de chispas de rojo fuego salpicó!...
Hasta en mis entrañas la siento caer
para devorarme... ¡Como si estuviera
envuelta en las llamas de una inmensa hoguera,
me siento en el fuego de su sangre arder!
(Se retuerce desesperadamente y arroja la espada.)

¡La señal! ¡La antorcha!

(A Hegla. Esta empuña la antorcha, abre la puerta y sale gritando. Pequeña pausa. Judith se acerca al lecho, descorre la cortina, vacila, se inclina, se arrodilla y hace ademán de recoger algo en su falda.)

ESCENA XI

JUDITH.

(Arrodillada junto al lecho.) Sangrientos despojos
que inmolé a la cólera santa del Señor;
sanguinantes labios, inmóviles ojos,
también os conjuro, llorando, de hinojos:
—¡Adoné, despierta!... ¡Resucita, Amor!

(Descubre la cabeza.)

¡Qué espanto, Dios mío!... ¡Oh boca lasciva,
que aun para besarme te miro entreabierta;
el beso que nunca te quise dar viva,
ahora, pobre boca, te lo daré muerta!

(Se inclina y la besa, y permanece así un instante, como devorándola con sus besos.)

ESCENA XII

Dicha, ASSUR y soldados. Se oyen gritos y voces, que se van acercando.

ASSUR (Entrando por el cortinaje del foro. El salón aparece obscuro. Assur con la espada en la mano.)
¡Pronto, señor, sálvate! ¡Huye en tu corcel,
porque el enemigo nos pasa a cuchillo!

(Algunos soldados invaden la escena. Judith permanece de bruces sobre el lecho.)

MEGABIZES (Entrando por la puerta de Judith, con la espada desnuda.)
¡Victoria!

ASSUR (Deteniéndose al ir aproximándose al lecho de Holofernes.)
¿Qué pasa?

MEGABIZES (Acometiéndole.) ¡Murió tu caudillo,
y tú ahora, en su tienda, morirás con él!...

(Se alejan luchando por el foro.)

VOCES

¡ Viva Judith !... ¡ Viva ! ¡ Victoria a Israel !

(Los soldados israelitas invaden tumultuosamente la escena, agitando en sus manos antorchas llameantes.)

ESCENA FINAL

Dichos, HEGLA y PUEBLO.

EL PUEBLO (Dirigiéndose al lecho de Holofernes.)

—¡ Aquí está el cadáver ! —Sus restos quememos
en mitad del campo, y luego echaremos
su ceniza al aire... —¡ Clavad su cabeza
sobre una alta pira !... —¡ Su cuerpo arrastrad !

JUDITH (Se alza desfigurada, terrible y vengativa, recoge el arma y se interpone entre el lecho y la muchedumbre.)

¡ Atrás, miserables, que ante su fiereza,
de miedo, hace poco, no osabais hablar !...
¡ Aquel que esos restos se atreva a tocar,
caerá a mis plantas como él ha caído...

(La multitud se detiene, aterrorizada.)

¡ Atrás todos !... ¡ Todos !

(Al esfuerzo parece que va a desplomarse.)

HEGLA (Corriendo a ampararla.) ¿Qué tienes?

(Un resplandor ilumina la escena.)

JUDITH (Tendiendo los brazos al cielo.) ¡ Señor !
tus santos mandatos mi mano ha cumplido !
¡ Por salvar mi pueblo, dió muerte a mi amor !

(Cae desvanecida en brazos de Hegla.)

TELÓN

FIN DE LA TRAGEDIA

Obras publicadas por TEATRO MUNDIAL

1. LA PRINCESA DEL DOLLAR. — Bruno Güell.
2. LA OLA GIGANTE. — José Fola Igúrbide.
3. EL SEÑOR CONDE DE LUXEMBURGO. — José Zaldívar.
4. LA CAPTURA DE RAFFLES. — L. Millá y G. X. Roure.
5. EL SOL DE LA HUMANIDAD. — José Fola Igúrbide.
6. ZAZÁ. — C. Costa y J. M.ª Jordá.
7. MUJERES VIENESAS. — Pablo Parellada (Melitón González).
8. HAMLET. — Pompeyo Gener.
9. GIORDANO BRUNO. — José Fola Igúrbide.
10. EL NIDO AJENO. — Jacinto Benavente.
11. EL REY. — Enrique Henríquez.
12. PRISIONERO DE ESTADO, O LA CORTE DE LUIS XIV. — A. Mundet Alvarez y José M.ª Pous.
13. FANTINA, O LOS MISERABLES. — A. Mundet Alvarez.
14. LA LADRONA DE NIÑOS. — Francisco Tressols.
15. LOS DIOSES DE LA MENTIRA. — José Fola Igúrbide.
16. CRISTO CONTRA MAHOMA. — José Fola Igúrbide.
17. JUVENTUD DE PRÍNCIPE. — C. Costa y José M.ª Jordá.
18. JUAN JOSÉ. — Joaquín Dicenta.
19. LA SOCIEDAD IDEAL. — José Fola Igúrbide.
20. LA CIZAÑA. — Manuel Linares Rivas.
21. ENTRE RUINAS. — R. Campmany y G. Giralt.
22. LA VIDA ES SUEÑO. — Refundición de Luis Millá.
23. SABOTAGE. E. Arroyo y C. Dotesio.—PASA LA RONDA. F. Llano.
24. MAGDA. — Carlos Costa y José M.ª Jordá.
25. EL PAPÁ DEL REGIMIENTO. — Felipe Pérez Capo.
26. EL ALCALDE DE ZALAMEA. — Refundición de Magnolio Juárez.
27. LOS DOS PILLETES. — Juan B. Enseñat.
28. DON JUAN DE SERRALLONGA. — Víctor Balaguer.
29. EL REY LEAR. — Juan B. Enseñat.
30. ESPECTROS. — A. Mundet Alvarez.
31. LAS CIGARRAS HORMIGAS. — Jacinto Benavente.
32. EL REGISTRO DE LA POLICÍA. — Eduardo Vidal y Valenciano.
33. EL VERGONZOSO EN PALACIO. — Refundición de L. Suñer.
34. LA FUERZA DE LA CONCIENCIA. — Joaquín García Parreño.
35. AURORA. — Joaquín Dicenta.
36. EVA. — G. Jover y J. Zaldívar.
37. EL BUFÓN. — Joaquín Dicenta (hijo).
38. EL CUCHILLO DE PLATA. — E. V. y Valenciano y Roca y Roca.
39. NICK CARTER. — Enrique Henríquez.
40. LA CENA DE LOS CARDENALES. — Francisco Villaespesa. ¡JUSTICIA HUMANA! — José Pablo Rivas.
41. EL SEÑOR FEUDAL. — Joaquín Dicenta.
42. EL VERANILLO DE SAN MARTÍN. — Ramón de Saavedra.
43. EL DESDÉN CON EL DESDÉN. — Luis Suñer Casademunt.
44. AMOR DE AMAR. — CUENTO INMORAL. Jacinto Benavente.

45. LA DAMA DE LAS CAMELIAS. — Magnolio Juárez.
46. LA DOMADORA DE LEONES. — José Fola Igúrbide.
47. EL CAPITÁN CAJERO, O LOS DOS SARGENTOS FRANCESES. — Luis Millá.
48. EL MÍSTICO. — Joaquín Dicenta.
49. GARCÍA DEL CASTAÑAR, O DEL REY ABAJO NINGUNO. — José Vico.
50. LA FIERECILLA DOMADA. — J. M.ª Jordá y Luis de Zulueta.
51. EL HONOR. — Luis Recoll.
52. EL SÍ DE LAS NIÑAS. — Leandro Fernández de Moratín.
53. MARÍA ANTONIETA. — J. C. y E. V. V.
54 LA VIUDA ALEGRE. — A. Roger Junoi.
55. EL ABATE FARIA Y EDMUNDO DANTÉS, O EL CONDE DE MONTECRISTO. — José Nieto y J. Guardia.
56. OTELO. — Ambrosio Carrión y José M.ª Jordá.
57. EL BARBERO DE SEVILLA. — A. Mundet Alvarez.
58. DANIEL. — Joaquín Dicenta.
59. PECADO DE JUVENTUD. — José Artis.
60. NADIE MÁS FUERTE QUE SHERLOCK HOLMES. — Luis Millá y Guillermo X. Roure.
61. LA MUERTE CIVIL. — Salvador Suñer.
62. LA APUESTA DE DON JUAN TENORIO. — Magnolio Juárez.
63 SOR TERESA, O EL CLAUSTRO Y EL MUNDO. — E. Vidal.
64. LA NIÑA BOBA, O BUEN MAESTRO ES AMOR. — Refundida por Luis Suñer Casademunt.
65 EL PAN DE PIEDRA (EL CARBÓN). — José Fola Igúrbide.
66. ROMEO Y JULIETA. — J. Roviralta Borrell.
67 LOS REYES ANTE LA INQUISICIÓN.—Baró, Salvat y Sala.
68. FELIPE DERBLAY. — Georges Ohnet.
69. LOS MALOS PASTORES. — Felipe Cortiella.
70. HUYENDO DEL NIDO. — Carlos y Enrique Arroyo.
71. CLAUDIO FROLLO, O NUESTRA SEÑORA DE PARÍS. — Emilio Boix Serra.
72. PASIÓN FATAL, O ANA KARENINE. — José Zaldívar.
73. MARGARITA DE BORGOÑA. — Luis Suñer Casademunt.
74. EL HÉROE VENCIDO, O EL SOLDADO DE CHOCOLATE. — José Zaldívar.
75. LA MÁQUINA HUMANA. — José Fola Igúrbide.
76. EL LADRÓN. — Manuel Bueno y Ricardo J. Catarineu.
77. EL JUDÍO ERRANTE. — Alfredo Pallardó.
78. LA NAZARENA. — Ricaro Estrada y Estrada.
79. LAS MÁSCARAS. — A. P. Maristany y J. Fabré Oliver.
80. EL DIFUNTO TOUPINEL. — Julián Romea.
81. EL HIJO DEL MILAGRO. — Ricardo Estrada y Estrada.
82 ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO. — Luis Suñer Casademunt.
83 ¡EL! — José López y Gilve y Fabio Pellicer.
EN FLAGRANTE DELITO. — Luis Millá.
84. FUALDÉS. — Luis Suñer Casademunt.
85 EL ADVERSARIO. — Alfonso Danvila.
86. LA PORTERA DE LA FÁBRICA. — Alfredo Moreno Gil.
87 BERNARDO DEL CARPIO. — Ambrosio Carrión
88. LA VERDAD SOSPECHOSA. — Luis Suñer Casademunt.
89. EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS. — Francisco Villaespesa.

90. EL LOBO. — Joaquín Dicenta.
91. CARCELERAS y REJAS Y VOTOS. — Ricardo R. Flores.
92. AMOR DE MADRE. Ventura de la Vega.
GUERRA A LA GUERRA. —Ramón de Campoamor.
93. LA NEÑA. — Federico Oliver.
94. DOÑA MARÍA DE PADILLA. — Francisco Villaespesa.
95. LA DONCELLA DE MI MUJER. — T. Luceño y F. Reparaz.
96. SOBREVIVIRSE. — Joaquín Dicenta.
97. BRUNO EL TEJEDOR. — Ventura de la Vega.
SINIBALDO CAMPÁNULA. — Felipe Pérez Capo.
98. EL ASISTENTE DEL CORONEL. — Gonzalo Cantó.
LA HUELGA DE LOS HERREROS. — Ricardo J. Catarineu.
99 DÍA DE REYES. Moncayo. — NOCHE DE REYES. Arniches.
100. EL ZAPATERO Y EL REY. (Primera parte). — José Zorrilla.
101. GENTE DE FÁBRICA. — Jaime Firmat Noguera.
102. EL ZAPATERO Y EL REY. (Segunda parte). — José Zorrilla.
103. LA MOZA DE CÁNTARO. — Lope de Vega.
104. ABEN-HUMEYA. — Francisco Villaespesa.
105. COMEDIAS CORTAS. —Luis Esteso
106. AMOR DE ARTISTAS. — Joaquín Dicenta.
107. BODAS DE PLATA. — Manuel Linares Rivas.
108. LA MUERTE DEL TORERO. — Felipe Pérez Capo.
EL REDENTOR DEL PUEBLO. — Adolfo Marsillach.
109. NAPOLEÓN. — José Pablo Rivas.
110. EL NUDO GORDIANO. — Eugenio Sellés.
111. LA VERBENA DE LA PALOMA. — Ricardo de la Vega.
LOS TRAPEROS. — Isidro Soler.
112. LA VIRGEN LOCA. — J. López Barbadillo y Enrique Tusquets.
113. A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA. — Pedro Calderón de la Barca. Refundición de Tomás Luceño.
114 EL CAPITÁN TORMENTA. — Pompeyo Gener.
115. LA CARA DE DIOS. — Carlos Arniches.
116. SANTA INQUISICIÓN. — J. Ribera y Rovira.
117. LAS PECADORAS. — A. Torres del Alamo y Antonio Asenjo.
118. LA GIOCONDA. — Francisco Villaespesa.
119. LA CENA DE LAS BURLAS. — Ricardo J. Catarineu.
120. QUISQUILLAS. — F. Flores García y J. Romea.
EL CONTRABANDO. — S. Alonso Gómez y P. Muñoz Seca.
121. LANUZA. — Luis Mariano de Larra.
122 LOS IRRESPONSABLES. — Joaquín Dicenta.
123. LOS HIJOS ARTIFICIALES. — J. Abati y F. Reparaz.
124 LOS SEMIDIOSES. — F. Oliver.
125. MISTERIOS DE BARCELONA. — Pallardó y Boix.
126. LA ALONDRA Y EL MILANO. — A. Fochs Arbós.
127 JUDITH. — F Villaespesa.

Precio: DOS ptas.